

MULTIMAN

Lou Carrigan

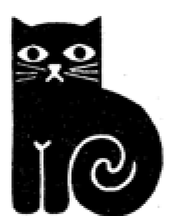
CIENCIA FICCION

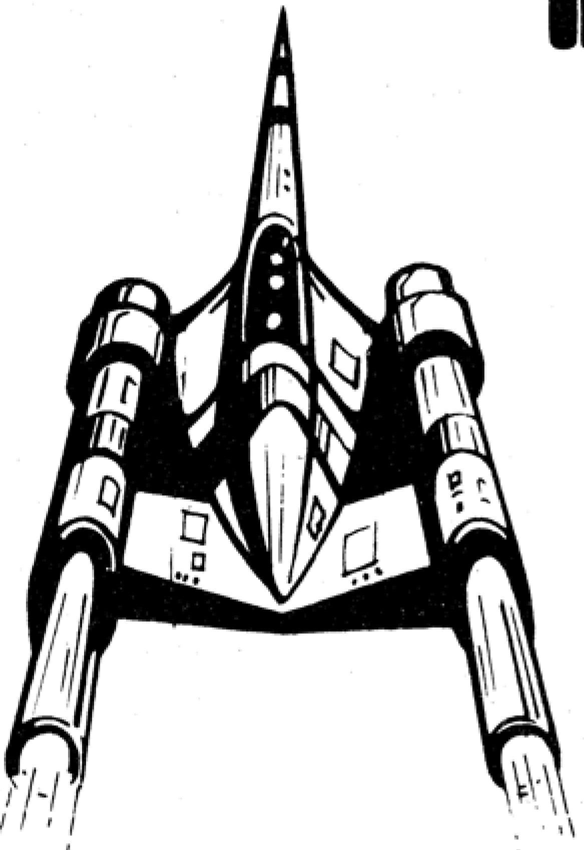


MULTIMAN

Lou Carrigan

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

618—*En los dominios de Creón*—A. Thorkent

619—*La espada de oro*—Curtis Garland

620—*Procedente del universo*—Lou Carrigan

621—*La invasión de las burbujas*—Joseph Berna

622—*Fauna intergaláctica*—Adam Surray

LOU CARRIGAN

MULTIMAN

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 623

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

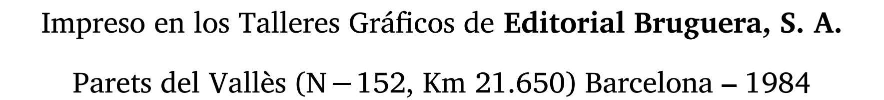
Depósito legal: B. 19.077 - 1982

Impreso en España - PrintedinSpain

1.ª edición: julio, 1982

2.ªedición en América: enero, 1983

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.


Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N — 152, Km 21.650) Barcelona – 1984

CAPÍTULO PRIMERO

Debían ser las cuatro de la tarde cuando Ruth Andrews dio por terminado aquel capítulo de la novela. Soltó un fuerte suspiro, quedó pensativa unos segundos, y luego releyó las últimas líneas:

«Maxwell se acercó a la muchacha, la tomó por los brazos, y la sacudió fuertemente. Estaba muy pálido y en sus ojos había una expresión torturada.

»—¡No se trata de si tienes que abortar o no, Pamela! ¡Se trata de si me amas o no me amas!

»—¡Suéltame! ¡Me estás haciendo daño!

»—¡Tienes que decírmelo!

»—¡Pues bien, ya que quieres saberlo, no, no te amo!

»—¡Vas a tener un hijo mío!

»—Te equivocas. Precisamente de eso se trata: ¡no voy a tener ese hijo tuyo! ¡No lo quiero!

»—¡Pues yo sí lo quiero!

»—¡En ese caso, tenlo tú! ¿O es que esperas que yo sea algo así como una incubadora, que me pase casi nueve meses llevando dentro de mí algo que detesto, precisamente por ser tuyo?

»—¡Quiero ese hijo!

»—Maxwell, no lo entiendes, querido —dijo ella con pérfida dulzura—. Precisamente por eso, porque sé que lo quieres, es por lo que yo no quiero tenerlo... ¡Teodio tanto, tanto, tanto, que voy a abortar precisamente para herirte en lo más profundo de tus deseos!»

Ruth quedó absorta tras la lectura. Le pareció que la escena era demasiado fuerte. Incluso se preguntó si en la realidad podía existir una muchacha como Pamela. ¿Se podía llevar tan lejos el odio? Porque, sin entrar en lo moral o lo inmoral, humano o inhumano del aborto, cabía admitir que una muchacha quisiera abortar, por toda una serie de conveniencias o circunstancias, pero..., ¿por odio al

hombre que la había embarazado?

Por fin, Ruth se puso en pie y se alejó de la máquina de escribir. El café todavía estaba caliente. Se sirvió en un pote de cerámica y, con éste en la mano, se acercó a la ventana.

El paisaje era precioso. Por entre abetos se veían las frías y centelleantes aguas del Flathead Lake, a menos de cincuenta metros. Alrededor de la pequeña cabaña todo era silencio. Un lugar adecuado para escribir sin ser molestado, para reflexionar, y por supuesto para descansar, para tomarse las cosas con calma.

La cabaña era diminuta. Disponía de una gran pieza en la que se concentraban el recibidor, el comedor-salón, y una pequeña cocina. Aquí, agradablemente ambientada por el entorno exterior y por el acogedor interior de la pieza, con chimenea incluida, había decidido Ruth Andrews terminar su novela. Había además, un dormitorio y un cuarto de aseo. Disponía, por supuesto, de luz eléctrica, pero no de teléfono. En cuanto a su coche, lo había dejado en la parte de atrás de la cabaña al llegar al lugar, casi dos semanas antes, y allá seguía. Aunque pronto tendría que utilizarlo para ir a Lakeside a reaprovisionarse.

«Se mire como se mire —reflexionó Pamela, mirando hacia el bosque con el lago al fondo—, lo que Pamela quiere cometer es un crimen. No por el aborto en sí, sino por los móviles que la impulsan. Creo que la estoy convirtiendo en un monstruo...»

Encendió un cigarrillo, y volvió ante la ventana. Mirabahacia el exterior, pero en realidad no veía nada. Todo su poder de concentración estaba puesto en la última escena escrita. Tan absorta estaba que tardó unos segundos en ver al hombre. Lo estaba mirando, pero no lo «veía». Y de pronto, tras esos tres segundos, lo «vio». Y se olvidó al instante del problema que existía entre Maxwell y Pamela.

Era un hombre muy alto, seguramente de casi metro noventa, y corría inclinado, con las dos manos, una sobre otra, apoyadas en la zona del hígado, como si quisiera sujetar algo allí..., o como si le doliese. Sus largos cabellos rubios se agitaban al compás de la vacilante marcha. Corría, pero parecía que estuviese realizando el último esfuerzo. El último esfuerzo del formidable atleta que sin duda era.

De repente, cuando Ruth todavía no había conseguido reaccionar y el hombre se hallaba a unos quince metros de la casa, alzó la cabeza, vio la casa, y, en seguida, tras los cristales de la ventana, a Ruth, que

se estremeció de pies a cabeza al ver aquellos ojos dorados fijos en ella.

No se sobresaltó, no se asustó, simplemente se estremeció. Y fue una sensación grata, pese a que en aquella mirada vio reflejado el dolor del hombre. Este se detuvo, se irguió un poco y quedó inmóvil, fija su mirada en los ojos de Ruth a través del cristal. Afuera hacía frío, y de la boca del hombre salían gruesos chorros de vapor, mientras su amplio pecho se agitaba.

Ruth dejó el pote de café a un lado y abrió la ventana. El frío se adhirió a su rostro.

—¿Se encuentra usted mal? —preguntó—. ¿Está herido?

El hombre asintió. Volvió la cabeza para mirar hacia atrás,y de nuevo miró a Ruth.

—¿Puedo ayudarle en algo? —se ofreció la escritora.

El hombre se acercó. Se detuvo a un par de metros de laventana.

—Estoy herido —murmuró— y tres hombres me persiguen para matarme.

Ruth miró las crispadas manos del hombre sobre la herida. Luego, volvió a mirar los ojos dorados.

—Voy a abrirle la puerta —susurró.

—No. Son gente de mal… La lastimarán también a usted.

—No sea absurdo. Primero ocupémonos de atenderle y luego se hará lo que proceda.

Ruth se apartó de la ventana, la cerró y fue a abrir la puerta. El desconocido seguía en la ventana, indeciso. La miró, con aquella expresión de dolor contenido, una leve crispación en su boca grande, de labios finos. Era un hombre impresionante.

—Vamos, entre… ¡Hace frío aquí fuera!

Él se acercó y dijo:

—Si tan sólo se enteran de que usted me ha visto, la matarán.

—¡Entre de una vez!

El hombre entró y Ruth cerró la puerta. Justo en aquel momento

le pareció oír muy cerca una voz de hombre.

—La matarán si saben que me ha visto —dijo el herido—. Si vienen aquí, diga lo que se le ocurra, menos que me ha visto. Tengo que esconderme, para bien de los dos.

Ruth le hizo una seña, y le precedió hacia el único dormitorio, cuyo interior señaló.

—Entre ahí y, si lo prefiere, escóndase bajo la cama. Yo arreglaré esto.

—Se lo diré otra vez: si dice que me ha visto, la matarán.

—Pues no lo diré —sonrió Ruth.

El hombre entró en el dormitorio y ella regresó a la pieza grande. Corrió hacia la ventana, y en seguida vio a los tres hombres. Eran tan altos como el desconocido, quizá más, y sus cabellos eran oscuros. Vestían de ciudad, con zapatos y corbata. No encajaban allí. Cada uno de aquellos tres hombres llevaba una pistola en la mano. Miraban hacia todos lados, incluida la cabaña. Estaban cambiando comentarios. Uno de ellos señaló hacia la cabaña. Ruth se apartó rápidamente de la ventana, confiando en que había sabido atisbar de modo que no la viesen a ella, y corrió a sentarse ante la máquina de escribir. Quitó el folio que había en ésta, puso uno en blanco y comenzó a escribir como si la escena entre Pamela y Maxwell continuara.

No tardaron ni diez segundos en llamar a la puerta. Ruth tecleó unos segundos más, tomó el cigarrillo, se acercó a la ventana, la abrió, y se asomó hacia la puerta. Dos de los hombres estaban allí. El tercero se iba acercando lentamente, sin dejar de mirar a todos lados.

—¿Qué desean? —preguntó Ruth.

—¿Quiere abrir, por favor? —pidió uno de ellos.

Ruth lo miró procurando expresar desconfianza. La lógica desconfianza de una mujer que está sola en un lugar apartado, solitario. Además, era cierto que no le gustaban aquellos hombres... Eran incluso más guapos que el rubio, de rostros perfectos, facciones regulares..., pero no le gustaban.

—Estoy ocupada —dijo—. Díganme qué desean.

El que estaba llegando a la cabaña se acercó a ella, sacó un estuche de piel y lo abrió, colocando la placa que contenía ante los

ojos de Ruth. La placa era del F.B.I.

—Estamos persiguiendo a un hombre herido —explicó el sujeto de la placa—. Un hombre muy peligroso, señorita. Creemos que está herido. ¿Lo ha visto usted?

—No. Hace horas que estoy trabajando, y cuando trabajo no me entero de lo que ocurre a mi alrededor. Ese hombre... ¿es un criminal?

—Piense lo peor que se le ocurra y todavía se quedará usted corta. ¿Está segura de que no ha visto a nadie?

—Por supuesto.

—Es un hombre alto, con aspecto y ropas de deportista. Es muy apuesto, pero si llega a verlo no se fíe de su aspecto. ¿Hay alguna otra puerta en la casa?

—No. No vale la pena, es una cabaña muy pequeña.

—Quizá haya podido entrar por una ventana. ¿Nos permite echar un vistazo?

—Oiga, si alguien hubiera entrado aquí, yo lo habría visto. Además, con este frío, tengo todas las ventanas cerradas, naturalmente.

—Por su seguridad, será mejor que nos permita echar ese vistazo, señorita.

Ruth parpadeó lentamente. Por muy del F.B.I. que fuesen, eran ellos los que no le gustaban. No habían guardado sus armas, y no parecían tener intención de hacerlo. Ruth no entendía gran cosa de armas, pero se dio cuenta de que aquéllas no eran corrientes. Parecían pistolas automáticas, pero de un modelo estilizado, muy especial. Los tres hombres la miraban ahora fijamente, y Ruth comprendió que, lo quisiera ella o no, tenían intención de entrar. Y sabía que ella no podría impedirlo de ninguna manera.

—Les abriré la puerta —murmuró.

Abrió la puerta y los tres hombres entraron. No dijeron nada. Simplemente, se distribuyeron por la diminuta cabaña, mirando lo poco que había por mirar como posible escondrijo de un hombre. Luego, fueron al dormitorio y al cuarto de baño.

Ruth cerró los ojos.

«Ahora sí que me las voy a cargar —pensó—: he pretendido escamotear un fugitivo al F. B. I.»

Se encogió un poco, temiendo oír de un momento a otro los disparos, pero en lugar de esto oyó la voz de uno de los hombres llamándola desde el dormitorio. Nada más entrar, percibió el frío que entraba por la ventana sin cerrar, mal ajustada. El hombre la señaló.

—¿Nos ha dicho que tenía cerradas todas las ventanas?

—Así lo creía —murmuró Ruth—. ¿Puedo cerrarla ahora?

El hombre no contestó. Ruth fue a cerrar la ventana, procurando no mirar hacia la cama. ¿Sería posible que a tres agentes del F.B.I. no se les ocurriera mirar debajo?

—Evidentemente, en la casa no está —dijo otro de los perseguidores—. Quizá intentó entrar por la ventana, pero se arrepintió y ha continuado huyendo. Debió oírnos.

—Bueno, ya ven ustedes que aquí no hay nadie.

—¿Vive aquí usted sola?

—Temporalmente. Estoy escribiendo una novela. Vine aquí precisamente para que nadie me molestase.

La clarísima indirecta no afectó en absoluto a los tres hombres. Salieron del dormitorio y regresaron a la sala. Uno de ellos se acercó a la máquina de escribir. Vio el pote de café, echó un vistazo a la hoja que había en el rodillo. Se volvió hacia Ruth.

—Entonces... ¿seguro que no ha visto a nadie?

—Seguro.

—De acuerdo.

Los tres se dirigieron hacia la puerta y salieron de la cabaña sin más, sin molestarse siquiera en dar las gracias o pedir una cortés disculpa. Ya en el exterior, uno de ellos dijo:

—Será mejor que se asegure que todo está cerrado cuando nos vayamos nosotros, y que no abra a nadie. Estaremos por aquí todavía un rato. Si ve algo sospechoso, grite.

—Sí, lo haré.

Los tres hombres se volvieron, Ruth cerró la puerta y se acercó

una vez más a la ventana. Los tres hombres se disponían a rodear la cabaña. Verían el coche. Bueno, eso no importaba; era lógico que quien vivía allí tuviera coche.

Volvió a sentarse ante la máquina de escribir. De cuando en cuando, oyó alguna voz, apagada. Se decía a sí misma que tenía que continuar escribiendo lo que fuese, pero naturalmente no lograba concentrarse.

¿Dónde se había metido el sujeto de los ojos dorados? Por descontado que no era un criminal peligroso. ¡Claro que no! Podía ser un espía, un ladrón, un estafador, quizá, pero no un criminal. Ruth creía estar viendo los ojos del rubio, fijos en ella. Aquellos ojos dorados, limpios, inteligentes.

El silencio había regresado, ya no se oía absolutamente nada. Ruth se acercó a la chimenea y colocó un par de troncos, para avivar el fuego. El café se había terminado, por fin, así que pensó en hacer más. Pero, pensándolo mejor, decidió que podía empezar a hacer la lista de lo que tendría que comprar al día siguiente en Lakeside, y luego prepararse la cena. Ya no iba a trabajar más aquel día.

Pronto se hizo de noche; entre unas cosas y otras el tiempo pasó rápidamente, aunque en ningún momento dejó de pensar en el rubio desconocido, en el «criminal peligroso». Tenía la impresión de que ya nunca podría olvidar sus ojos…

La llamada a la puerta de la cabaña le produjo un sobresalto tremendo. Se acercó y preguntó a través de la madera:

—¿Quién es?

—Soy yo… El criminal.

Ruth abrió la puerta sin titubear un instante. El rubio se quedó mirándola.

—Ya están lejos —murmuró—, he estado escondido en lo alto de un árbol. Gracias.

Estaba un poco más inclinado que antes, y había en su rostro una expresión creciente de fatiga y dolor mal contenidos. Ruth se apartó.

—Entre —dijo.

—No tengo ya fuerzas para saltar por la ventana —dijo él—. Si vuelven, me encontrarán aquí dentro.

—Entre.

—Bien... La verdad es que no creo que vuelvan.

El rubio entró y Ruth cerró la puerta. Señaló el sofá.

—Siéntese ahí. Buscaré algo para curarle. ¿Qué clase de herida es la suya?

—Ya se curará. Sólo necesito descansar.

—Vamos, no sea terco. Siéntese ahí y veremos qué se puede hacer.

—¿No le han dicho que soy un criminal, o algo parecido?

—Sí, pero no les he creído.

El rubio caminó hasta el sofá y se sentó en él. Lo pensó mejor, y se tendió, sin apartar las manos de la zona del hígado. Ruth se acercó a él, se inclinó, y agarró sus manos, para apartarlas de la herida. Cosa extraña, no estaban frías. No consiguió ni moverlas; eran unas manos grandes, fortísimas, nervudas. Manos de hombre.

Y de pronto, Ruth vio por entre los dedos la sangre. Por un momento no consiguió reaccionar. Luego, se dijo que aquel líquido espeso y brillante no podía ser sangre, porque era de color verde. Y sin embargo, parecía sangre. Sangre de color verde.

Ruth miró vivamente los ojos del desconocido, y los vio fijos en ella, muy atentamente. De pronto parpadeó lentamente dos o tres veces, sus párpados se cerraron y ya no losabrió. Todo él se relajó, una mano se deslizó de sobre la herida y el brazo colgó fuera del sofá.

Durante unos segundos, Ruth no se movió. Luego, tocó con dos dedos el líquido verde. Todo indicaba que era sangre. Pero, Dios mío, ¡sangre verde! ¿Cómo era posible? ¿Tenía aquel hombre alguna... infección extraña, alguna enfermedad desconocida?

Fue al cuarto de baño, de donde regresó con el pequeño botiquín. Apartó la ropa del hombre, y vio la herida. No parecía de bala, sino como una limpia cuchillada, un tajo impecable. La sangre había brotado en abundancia por debajo de la ropa, pero no parecía que la herida hubiera interesado ningún órgano vital. La limpió bien, y terminó la cura colocando un gran apósito, que sujetó con esparadrapo. El hombre seguía desvanecido. Respiraba profunda y lentamente. Tan lentamente que por fin llamó la atención de Ruth, que puso una mano sobre el pectoral izquierdo.

El corazón latía con fuerza, pero, en efecto, muy despacio. Calculó que no a más de veinticinco pulsaciones por minuto, lo que era sencillamente increíble. Por muy atleta que fuese, aquella pulsación no era normal. Tampoco era normal la sangre verde, por supuesto.

«Me parece —se dijo Ruth Andrews— que me estoy metiendo en un gran lío.»

Pero, mirando el rostro del desconocido y recordando sus ojos dorados, se dijo que no le importaba en absoluto meterse en aquel lío, fuese lo que fuese.

CAPÍTULO II

Cuando regresó de sus compras en Lakeside, eran ya más de las diez y media de la mañana. Se había marchado hacía casi dos horas, dejando al desconocido tendido en el sofá, cubierto con la manta que colocó sobre él antes de acostarse. Varias veces durante la noche se había despertado y había acudido a ver al herido. Siempre lo encontró tal como ella lo había dejado. Dormía profundamente, sin moverse lo más mínimo. Talmente como ella lo había dejado. Dormía profundamente, sin moverse lo más mínimo. Talmente como si estuviese muerto. Pero cada vez que sentía este temor el lento latir del corazón la tranquilizaba. Por la mañana antes de marcharse, lo había encontrado igual.

Pero ahora, al abrir la puerta, lo vio sentado en el sofá, mirándola. Era enorme. No se trataba solamente de que midiera metro noventa, sino que todo en él sugería un tamaño colosal. Sus hombros eran muy anchos, y todo el torso mostraba una musculación increíblemente poderosa y armónica. Ruth recordó las sensaciones que había experimentado aquella noche cada vez que deslizó una mano sobre el dorado y suave vello del tórax masculino, y se sonrojó.

—Buenos días —saludó, turbada—. ¿Cómo se encuentra?

—Mejor, gracias.

—Tiene muy buen aspecto.

El asintió, y murmuró:

—¿De modo que, finalmente, vio usted mi sangre?

—Tengo que recoger unos paquetes del coche —eludió ella la respuesta.

Regresó junto al coche y alzó la tapa del maletero. Sintió su presencia, más que oírlo. Volvió la cabeza y lo vio a su lado, enorme, desnudo su impresionante torso. No parecía tener ni pizca de frío, pese a que hacía bastante a aquella hora todavía temprana. Las aguas del lago parecían de cristal helado.

—La ayudaré —dijo él.

—Oh, no hace falta.

—Lo sé, pero deseo ayudarla.

Entre los dos entraron todos los paquetes en la cabaña. Luego, Ruth fue a dejar el coche detrás y, antes de apearse, se miró en el espejo retrovisor. Tenía treinta años exactamente, pero parecía tener como máximo veinticinco. Y era muy bonita. Realmente, era hermosa, con sus cabellos rojos, sus ojos verdes, su boca llena y fresca... Por debajo del chaquetón de piel se estiró el grueso jersey. Estaban en Montana, y no había más remedio que llevar gruesa ropa de abrigo en aquella estación, y eso, que hasta entonces ni siquiera había merecido su atención, le molestó entonces. Habría preferido llevar unas ropas más ligeras, escotadas, lucir su talle esbelto, su escote... De todos modos, aquel jersey negro moldeaba su cuerpo tentadoramente; sabía que tenía unos pechos hermosos...

Se sofocó, salió del coche, lo cerró y entró en la cabaña. Él estaba acuclillado ante el fuego, en el que había puesto un grueso tronco. Se volvió.

—Es muy agradable el fuego —dijo.

—Si tiene frío, puede tener toda la leña que quiera.

—No —sonrió él—, claro que no tengo frío.

—Supongo que es usted de por aquí, y está acostumbrado. Lo que sí debe tener es apetito. He comprado de todo..., o casi de todo. ¿Qué le gustaría desayunar?

—Fruta.

—De acuerdo. ¿Y qué más?

—Nada más.

—Vamos, vamos, un hombre como usted tiene que comer algo más...

—¿Un hombre como yo?

—Quiero decir que es... grande. Necesita comer mucho, ¿no?

—Sólo un poco de fruta.

—Está bien, no voy a insistir, pero dígame qué tiene de malo un buen bistec.

—Que mi organismo no podría digerirlo.

—¿Está bromeando? —dijo Ruth.

—No. ¿Qué le dijeron aquellos hombres?

—Aparte de que es usted un criminal peligroso, que eran agentes del F.B.I.

—¿Qué es el F.B.I.?

Ruth se quedó a medio quitarse el chaquetón. Se quedó mirando al desconocido, pensando que se estaba burlando de ella. Pero no, no era así. Simplemente, no sabía lo que era el F.B.I. Lo que resultaba del todo increíble, sin duda.

—F.B.I. es la sigla del *Federal Bureau of Investigation,* el... organismo policial más importante y eficaz del país, que abarca muchísimas actividades, desde el contraespionaje al robo de automóviles si son pasados de un Estado a otro. ¿De verdad no lo sabía?

—No.

—¿Es usted extranjero?

—Sí.

—Pues parece americano. Habla mi idioma igual que yo. Por cierto, me llamo Ruth Andrews. Soy escritora.

Se acercó a él tendiendo la diestra. El desconocido se puso en pie, miró la delicada mano que se le tendía y la tomó cuidadosamente. Su temperatura térmica era gratísima. Ruth se sintió como inundada de calor, y pensó si su jersey le estaba haciendo justicia a los ojos del desconocido.

—Yo me llamo Akor —dijo éste.

—¿Akor? ¡Qué nombre tan extraño! ¿De qué país es usted?

—Soy del planeta Dokotor.

—¿Qué? —exclamó Ruth, retirando vivamente la mano.

—Siento haberla asustado, pero le aseguro que no debe temer nada de mí.

—Pe-pero... ¡Dios mío! ¿De qué está usted hablando? ¿Debo entender que... que procede usted de otro planeta, que... que no es de la Tierra?

—Exactamente. Y ellos también.

—¿Quiénes?

—Los tres hombres que me buscaban para rematarme.

—¿Ellos también son del planeta Dotokor?

—No. Ellos son del planeta Grax.

El estupor de Ruth era tal que no le permitía ni siquiera asustarse. Retrocedió y se dejó caer en uno de los sillones, sin dejar de mirar al ser llamado Akor, quien a su vez la contemplaba atentamente. Por fin, Ruth susurró:

—Usted me está tomando el pelo.

—No.

—Pero... pero esto que dice... ¡no puede ser!

—¿Por qué no?

—Bu-bueno, pues porque... po-porque... ¡porque no!

—Me pareció usted más inteligente, Ruth Andrews.

Esta se llevó una mano a la frente. Por supuesto, nada de tonterías como ésas de que debía estar soñando o algo parecido. Estaba despierta completamente, y en perfecto uso de todas sus facultades mentales y físicas.

—¿Cómo... cómo ha llegado usted aquí..., a la Tierra?

—En una nave.

—¿Y dónde... dónde está esa nave?

—Escondida. Si los de Grax la encontrasen la destruirían, y yo jamás podría volver a Dotokor. Aunque tal vez vendrían a recogerme algún día..., si todavía podían venir a la Tierra.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Tal vez dentro de un tiempo la Tierra ya no sea igual. Mejor dicho, sus habitantes no serían los mismos.

—Dios mío... ¿De qué está usted hablando?

—Ellos la invadirán, y los aniquilarán a todos ustedes, si yo

fracaso.

—¿Se refiere a los del planeta Grax?

—Sí, naturalmente. Por suerte para ustedes no consiguieron matarme, y me encuentro en franca recuperación. Si consigo llevar a mi nave, no volverán a sorprenderme.

—¿Tiene en la nave compañeros que le ayudarán?

—No.

—¿Ha venido usted solo? ¿Trata de decirme que ha llegado usted a la Tierra en una nave... espacial que tripula usted solo?

—No tengo ningún problema al respecto.

—Pero... ¡pero ellos son tres!

—¿Tres? No. Son muchos más. Aunque por el momento no creo que lleguen a cincuenta.

—¿Y usted solo pretende enfrentarse a cincuenta hombres?

—No son hombres, y yo no estoy solo.

—¡Pero acaba de decirme que viaja solo!

—Sí, lo he dicho.

—No... no entiendo... nada... Oh, sí, hay una cosa que sí creo entender: ¿es usted amigo nuestro, de los terrestres?

—Se me puede considerar así.

—Bien, en ese caso, creo... creo que deberíamos ir los dos a contarle a la policía lo que está ocurriendo... ¡Nos van a tomar por locos!

—No será necesario avisar a nadie. Todo lo que tengo que hacer es llegar a mi nave y luego encontrar la de ellos. Lo demás lo resolveré con cierta facilidad.

—¿Usted solo...?

—No estoy solo. Mire, será mejor que dejemos la conversación por el momento.

—¡Pero deberíamos avisar a la policía!

—Si entiendo bien lo que usted quiere decir, la policía no conseguiría nada. ¿Son como guerreros o algo así?

—Sí... Sí.

—Olvídelo. Lo mejor será que lo olvide todo. Lo único que le pido es que me permita permanecer aquí un par de días, hasta que mi herida esté cerrada...

—¡Esa herida no estará cerrada dentro de dos días!

—Sí. Entonces todo volverá a la normalidad. De todosmodos, si mi presencia le va a causar trastornos de cualquier clase me iré inmediatamente.

—No... ¡No! Quédese.

—¿No está asustada?

—Estoy... aturdida, desconcertada, incluso incrédula, pero no estoy asustada. Usted no puede asustar a nadie. Al contrario. Mire, Akor, por favor, si todo esto es una broma...

—No.

—Está bien —suspiró Ruth—. Sea usted lo que sea, quédese.

—Gracias. Podré marcharme dentro de dos días.

Ruth Andrews se quedó mirándolo fijamente durante varios segundos, antes de sonreír de tal modo que su rostro pareció iluminarse.

—Bueno, de momento dejémoslo así. Dentro de dos días ya veremos cómo están las cosas.

* * *

—¿Todavía quieres marcharte? —rió Ruth.

Akor la besó en los pechos y en la garganta, y ella gimió cálidamente, todavía en su carne el dulce recuerdo del último placer experimentado en los brazos de él. Los dos días habían transcurrido. Eran casi las diez de la mañana, pero los dos seguían acostados en el único lecho del único dormitorio de la cabaña, ambos desnudos. Habían pasado dos días haciendo el amor y conversando. Sobre todo, haciendo el amor. Ruth Andrews no recordaba haber sido más feliz en su vida. En cuarenta y ocho horas escasas había alcanzado una

plenitud sexual como jamás habría podido imaginar, y había gozado tantas veces que ya no podía recordar cuántas habían sido. Todo era como una maravillosa luna de miel increíble.

Todo se había iniciado de un modo simple. Ella estaba escribiendo a la máquina, después de desayunar el primerdía, y él leía sentado en el sofá. Leía con mucha atención, y de cuando en cuando sonreía. A medida que iba avanzando la mañana Ruth había ido sintiendo crecer y crecer aquel deseo profundo y cálido. Había una atmósfera como de calor dulce en la cabaña, y fuese eso o algo que no sabía explicar, lo cierto fue que llegó el momento en que tuvo que dejar de escribir.

Se dio cuenta plena entonces de que sentía una insoportable ansiedad sexual, y que sus pechos estaban endurecidos y ardientes. Respiraba con cierta dificultad, y sentía el calor en el rostro, en todo el cuerpo. La apacibilidad de él era increíble. Ruth se había puesto de pie ante la máquina, y él la había mirado.

Estuvo así unos segundos, contemplándola. Luego, dejó el libro y se acercó a ella. Le puso las manos sobre los hombros y la besó en la boca. Ruth sintió como si un extraordinario calambre recorriera todo su cuerpo, le pareció que se iba a disolver. En su cerebro se produjo como un cortocircuito con respecto al tiempo. No supo cuánto duró aquel beso, ni los siguientes. Allí dentro sólo había calor, silencio y agrado. Después de varios besos, él le quitó el jersey y luego el resto de la ropa, besándola a cada movimiento. Cada beso era como una llamarada dentro de Ruth Andrews. Finalmente, él la llevó hacia la chimenea, y la tendió sobre la gruesa alfombra. Ella estaba entonces completamente desnuda, sintiendo en su carne el calor del fuego interior y el de la chimenea. Era una sensación nueva, inédita, le producía la sensación de estar flotando envuelta en algo tibio...

Tendió los brazos hacia él cuando se puso a su lado. Akor volvió a besarla, y luego, suavemente, la penetró. Ruth había cerrado los ojos y, por un instante, creyó que, simplemente, iba a morir de placer.

Aquélla fue la primera vez y, luego, durante dos días, todo había seguido igual, con unas sensaciones cada vez más intensas y completas. Ahora sí creía que todo era un sueño. Y se decía a sí misma que todo cuanto había escrito hasta entonces en sus novelas sobre el amor no eran más que tonteras. Estaba tan enamorada de Akor, tan absolutamente entregada a él, que ya no había más vida para Ruth Andrews que la que pudiera vivir junto a él.

Y ni mucho menos parecía que él estuviese a disgusto con ella.

Era amable, tierno, poderoso, sonreía, y la besaba de tal modo que todo su cuerpo vibraba a cada beso... Como ahora.

Pero Ruth quería una respuesta, así que con un esfuerzo se liberó del creciente placer, asió entre sus manos la cabeza de Akor, y la alzó, para mirarle a los ojos.

—Contesta —susurró—: ¿Todavía quieres marcharte?

—Tengo que hacerlo. La herida ya está cerrada.

Ella parpadeó, lo apartó y se colocó de costado, para ver bien la herida. Es decir, la cicatriz, apenas como una rayita, como un delgadísimo hilo colocado sobre la carne. Era increíble, pero no podía negar la evidencia.

—¿Cómo ha sido posible? —murmuró.

—Mi sangre es mucho más rica que la tuya, eso es todo.

—¡Tu sangre verde! —rio ella.

—Si eso te causa risa, también podría reírme yo de tu sangre roja.

—Eso es cierto. Akor, tengo le impresión de que todo es mentira, que se trata de algún truco extraño... No sé quién eres, y todavía no me he creído eso de que seas de otro planeta. Así que dime la verdad —los finos dedos de Ruth se introdujeron en la rubia melena—. Cariño, no me importa. De verdad. Seas quien seas, te amo. Me siento tuya y te siento mío. Por favor, dime ya la verdad.

Él estuvo unos segundos mirándola fijamente, y por fin asintió.

—Está bien. ¿Quieres ir a la sala a traerme un vaso de agua?

—¡Claro que sí! —rio ella, saltando del lecho.

Se dirigió alegremente hacia la pieza grande, desnuda, notando la mirada de él fija en su cuerpo. Sabía que él la deseaba tanto como ella a él. Se acoplaban como si hubierannacido el uno para el otro y para nadie más. Era algo...

Se detuvo en seco al entrar en la sala.

Él estaba allí.

Ruth parpadeó.

—¡Pero…! —exclamó.

—Yo mismo me serviré el agua. Espérame en el lecho.

—Pero... ¿cómo es que estás aquí, cómo...? ¡Acabo de dejarte en la cama!

—Espérame allí, por favor.

Ruth dio la vuelta y regresó al dormitorio. Cuando entró, lo vio tendido en la cama, mirándola amablemente. La escritora lanzó una exclamación incontenible.

—¡Pero si estás en...! ¡Acabo de dejarte en la sala!

—Entonces debo estar allí —dijo Akor.

Ruth sacudió la cabeza, retrocedió un paso y miró hacia la sala, por el corto pasillo. Por allí apareció Akor, con un vaso de agua en una mano. Ruth Andrews se atragantó con otra exclamación y miró vivamente hacia la cama. Akor estaba en la cama. Miró hacia el pasillo y lo vio llegando, con el vaso en la mano. Volvió a mirar hacia la cama. Él estaba en la cama. Y estaba también junto a ella, con el vaso de agua en la mano. El la apartó suavemente, entró en el dormitorio y tendió el vaso a Akor, que, en la cama, lo tomó, tras sentarse. Procedió a beber, lentamente, mientras Akor, de pie junto a la cama, le contemplaba.

Ruth no podía moverse. Todas sus sensaciones estaban bloqueadas. Akor devolvió el vaso a Akor y éste salió del dormitorio hacia la sala. Ruth lo oyó regresar y volvió la cabeza. Ahora no regresaba solo sino con otro Akor. Akor seguía en la cama, pero al mismo tiempo, dos Akor llegaban desde la sala. Volvió a mirar hacia la cama. Akor seguía en la cama, pero, ahora, ante la ventana, había otro Akor. Ruth miró de nuevo hacia el pasillo, y vio a tres Akor acercándose. Al mirar dentro del dormitorio vio a Akor en la cama, a Akor ante la ventana, y otro Akor frente a ella, mirándola. En el mismo momento en que al dormitorio llegaban cuatro Akor, el que estaba ante ella se desdobló, desprendió de síotro Akor, que a su vez desprendió otro más. En el dormitorio entraron seis Akor, mientras el de la cama salía de ésta y desprendía otro Akor...

En un instante, el dormitorio estuvo lleno de Akor, que seguían multiplicándose, cada vez más deprisa. Ya no cabían allí dentro. Era como estar contemplando a Akor en un salón de los espejos.

Y, de pronto, en un instante, todos los Akor se juntaron, se fusionaron, quedaron convertidos en uno solo, que quedó ante Ruth, observándola con expectación.

Simplemente, Ruth Andrews puso los ojos en blanco y se desmayó.

CAPÍTULO III

Abrió los ojos, vio a Akor inclinado sobre ella y comenzó a sonreír. Fue apenas un inicio de sonrisa. Inmediatamente, soltó un fuerte respingo y se habría sentado de un salto en el lecho si Akor no la hubiera sujetado por los hombros.

—Tranquilízate —susurró—. Todo va bien, Ruth.

Ella lo miró un instante con ojos desorbitados, que luego hizo girar en todas direcciones, buscando. Akor movió negativamente la cabeza.

—Estamos solos tú y yo —dijo.

—Dios mío...

El la besó en los labios.

—No debes temer nada —aseguró.

—Pe—pero... ¿qué... qué pasó? ¿Tuve... alucinaciones? ¡Me sugestionaste, me...!

—No. Viste sólo la realidad.

—¡Eso no es posible! ¡No puede ser!

—En tu mundo, no.

—Entonces... ¡es cierto! ¡Tú no eres de este mundo!

—Ya te lo dije. Siento mucho que mi demostración te haya afectado tanto, pero tenía que convencerte de una vez por todas. ¿O no estás convencida todavía?

—No sé... ¡No lo sé!

—Bueno, serénate y reflexiona sobre el asunto. Pero no intentes engañarte a ti misma, admite la realidad sin más vacilaciones. Soy múltiple, Ruth... Lo que aquí llamaríais *Multiman*. En realidad, ése es el nombre que se me asignócuando fui enviado a la Tierra. No debía dar mi verdadero nombre que nada significaría aquí, sino uno que comprendierais bien: *Multiman*. El hombre múltiple.

Ruth se pasó una mano por la frente.

—Creo que estoy bien… ¿Lo estoy?

—Emocionalmente, un poco alterada —sonrió Akor *Multiman*—, pero eres una mujer demasiado inteligente para que ese estado persista demasiado tiempo. Creo que sería mejor que ambos nos vistiéramos.

Ruth se contempló a sí misma desnuda en la cama, y asintió con un gesto. Poco después, ambos estaban vestidos y Akor se dirigió a la sala. Cuando ella se reunió con él, parecía ya completamente recuperada.

—¿Puedes hacer eso siempre que quieras? —murmuró.

—Así es.

—Entonces no comprendo por qué huías de tres hombres, aunque fuesen armados. Podías haberlos vencido fácilmente.

—No en aquellos momentos. Estaba herido y, en esas circunstancias, mi energía no funciona suficientemente. Cuando tenemos una herida, debemos reposar hasta que se cierra y entonces volvemos a estar normales.

—¡Normales!

—Para nosotros es normal. Somos inversos a vosotros.

—¿Inversos? ¿Qué quieres decir?

—Los terrestres tenéis un solo cuerpo, pero muchas mentalidades dentro del mismo cerebro, del mismo cuerpo. Ante una situación idéntica no siempre reaccionáis del mismo modo: es como si para cada situación tuvierais una mente, una actitud. Incluso a veces, dada vuestra diversidad de comportamientos, se podría decir que no sois la misma persona. Pero sois la misma persona física, con diferente mentalidad. Nosotros, en cambio, tenemos siempre la misma mentalidad y diferentes cuerpos.

—Pues no sé qué es mejor.

—Depende. Si vuestras diferentes actitudes fuesen siempre bondadosas, quizá fuese mejor lo vuestro. Pero en vosotros está el Bien y el Mal al mismo tiempo. Hoy podéis hacer unaobra buena y mañana podéis cometer un crimen. Nosotros, no. Nosotros nos comportamos siempre de un modo idéntico y consecuente. Si no hacemos el mal hoy, nunca lo haremos.

Ruth se sentó en una butaca.

—Pero... es propio y natural de la mente esa... diversidad de actitudes. En cambio, no es natural que una cosa física, tangible, se multiplique. ¡No de ese modo tuyo, al menos!

—Estás midiendo la vida por tus conocimientos y limitaciones —dijo amablemente Akor—. Eso no es inteligente, Ruth. Por el simple hecho de que no conozcas una cosa, no puedes negar su existencia, ni puedes negarla porque, aún viéndola, no la comprendas. No todo en el Universo es como en la Tierra, sencillamente.

—Está bien —suspiró ella—. ¿Puedes... podrías... hacerlo otra vez?

—Puesto que mi herida ya está cerrada puedo hacerlo siempre que quiera. Pero no deseo asustarte de nuevo.

—No me asustaré. Ahora ya no.

Akor asintió y, en el acto, otro Akor apareció junto a él, como saliendo de sí mismo. Un instante después, los dos Akor se convertían en cuatro y, al poco, los cuatro eran ocho; un instante más tarde, eran dieciséis...

—Creo que es suficiente —dijo uno de los Akor—. Este lugar no admite demasiadas demostraciones.

—¿Con cuál tengo que hablar? —no sabía Ruth a cuál mirar.

—Da lo mismo, es como si hablases con uno solo —dijo otro Akor—. La mente de todos funciona al unísono, por decirlo de un modo que lo entiendas.

—Pe—pero... ¿eres uno o eres varios?

—Soy uno, reflejado tantas veces como quiera —dijo otro Akor—. Cada uno de mis cerebros posee las mismas facultades, la misma memoria, las mismas informaciones.

—¿Qué pasaría si uno de vosotros se fuese de aquí? ¿Sabría lo que yo hablaba con los demás?

—Naturalmente. Igual que si estuvieses hablando con él. No importa la distancia. Soy uno solo, Ruth.

—¡No consigo asimilarlo!

—Lo comprendo. Bien, creo que ha llegado el momento de la

despedida.

Ruth Andrews palideció.

—¿La despedida? ¿Quieres decir que os vais…, que te vas?

—Tengo que regresar a mi nave y ocuparme de los seres de Grax. No puedo perder mucho tiempo si quiero impedir que inicien la invasión de la Tierra.

—Es decir, que estás dispuesto a luchar por nosotros, por los terrestres… ¿Por qué?

—Porque éste es vuestro planeta, no el de ellos. Todo tiene un sentido y un equilibrio, y ese sentido y ese equilibrio se romperían si los de Grax se esparcieran por todo el universo. Son seres malvados, Ruth, y les tenemos bien advertidos: les permitiremos vivir siempre y cuando permanezcan en su galaxia. Si intentan la expansión, los aniquilaremos, porque esa expansión significaría el final de toda manifestación de vida en el universo…, excepto la de ellos, su forma de vida.

—¿Es decir, que asegurándoos de que quedan confinados en su galaxia protegéis vuestra propia supervivencia?

—En efecto. Su multiplicación allí no nos preocupa, pues nunca alcanzarían un número suficiente para atacarnos a nosotros ni al resto de los lugares habitados del universo. Pero si permitimos que se establezcan y multipliquen en otras galaxias o planetas su número crecería desorbitadamente en poco tiempo. Y a medida que fuese creciendo ese número el peligro para todo el universo sería mayor. Llegaría el momento en que acabarían con toda la vida…, lo que quizá podría ser tolerable si esa vida fuese superior y bondadosa. Pero es una vida inferior y malvada. De modo que, en cuanto inician un intento de expansión, nosotros, los de Dotokor, intervenimos para impedirlo.

—Esos seres de Grax… ¿son inferiores a nosotros, a los terrestres?

—Son diferentes. Su tecnología es muy superior, pero su actitud es inferior, como todo lo malvado.

—¿Quieres decir que la maldad implica o significa una inferioridad?

—Por supuesto. La maldad es solamente atributo de los seres inferiores.

—Entonces... ¡en la Tierra hay seres inferiores!

—Hay mucha diferencia entre unos y otros de vosotros, desde luego. Algunos estáis maravillosamente evolucionados, pero otros sois malvados puros. Por eso no queremos establecer contacto con vosotros, porque nosotros medimos el promedio de evolución de cada lugar. Y vuestro promedio es francamente malo.

—¿Y qué se puede hacer para remediar eso?

—No dar a nadie la oportunidad, o mejor dicho, el motivo para ser malvado. Pero eso implicaría un... lavado de cerebro general en la Tierra, una... renovación de mentalidad que por el momento no nos parece que podáis lograr.

—¡Pues sí que estamos bien!

—Hay mundos peores que la Tierra, no desesperes —sonrió Akor —. Tengo que marcharme, Ruth.

—Querrás decir que tenéis que marcharos.

Akor sonrió. Por un instante, a Ruth le pareció que estaba viendo una película movida que de pronto se centraba. Todas las imágenes de Akor se concentraron en una sola.

—Si yo explicase esto a alguien, diría que estaba loca —murmuró Ruth.

—Entonces, será mejor que no lo expliques. Adiós, Ruth.

—¿Adiós? Nada de eso —ella se puso en pie—. ¡Yo voy contigo!

—¿Con qué objeto?

—¡Quiero ayudarte! Bueno, supongo que acabo de decir una tontería, no creo que necesites mi ayuda... No sé. ¡Algo podré hacer!

—Quiero que entiendas bien una cosa: si a ti te disparan con las armas que utilizaron contra mí, no quedarías herida, sino muerta en el acto.

—Pero tú no permitirás que nadie dispare contra mí.

Akor frunció durante un instante el ceño.

—No pude impedir que disparasen contra mí, ¿verdad? Tuve un descuido, ellos me divisaron cuando yo era unitario,y estuvieron a punto de matarme... Pero tampoco puedo ir por ahí, por vuestros

campos o vuestras calles en multiplicidad, pues corro el riesgo de que alguien pueda darse cuenta,

—¿Qué pasaría si matasen uno de tus cuerpos?

—Si había más, nada. Simplemente, uno de mis cuerpos se desvanecería. Pero si me matan en mi estado unitario actual, también es muy simple: moriría, eso es todo.

—En tal caso, parece claro que para ir a la nave deberías proceder como *Multiman*, ¿no te parece?

—No quiero provocar el desconcierto por ahí, Ruth. Y mucho menos, el pánico.

—Puedes duplicarte, nada más. Que se quede aquí a salvo, uno de tus cuerpos, y yo me voy con el otro a la nave. ¿O quizá te perjudica de algún modo permanecer mucho tiempo duplicado o multiplicado?

—Claro que no. Y has tenido una buena idea. Pero si bien mi propia vida estará a salvo, la tuya no lo estará.

—¿Puedo rogarte que me permitas disponer de mi vida..., y de mis deseos de hacer algo yo *también* por la Tierra, aunque sólo sea ayudándote de algún modo? Como por ejemplo, llevándote en mi coche al lugar donde dejaste tu nave. ¿De acuerdo?

Akor se quedó mirándola atentamente. Y de pronto, se desdobló. El nuevo Akor buscó un libro, y se sentó en el sofá. Ruth miró a uno y a otro, y se dirigió hacia la puerta, diciendo:

—Adiós, Akor. Vamos, Akor.

—Espera. Yo saldré primero. Si me están esperando por aquí nos enteraremos cuando disparen de nuevo contra mí.

Ruth asintió ante lo razonable de la propuesta. Akor salió cerrando la puerta, y Ruth miró a Akor.

—Espero que no te ocurra nada —dijo.

—Por el momento, no estoy viendo a nadie ahí fuera —replicó Akor apaciblemente—. Por cierto, he omitido preguntarte si sabes nadar.

—¡Claro que sé! —rio Ruth—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque tendrás que hacerlo. Tengo mi nave sumergidaen el lago, pero al otro lado. Tendremos que rodearlo.

—Está bien. Pero si tu nave está al otro lado del lago… ¿cómo es que te hirieron por aquí?

—Porque yo estaba buscando por aquí la nave de ellos, que había detectado desde la mía, y no era cosa de pasearme con mi nave por estos alrededores. Preferí localizarla a pie.

—Eso significa que la nave de ellos está cerca de mi cabaña, ¿no?

—No llegué a verla, pero tiene que estar bastante cerca. O lo estaba entonces. Ahora, lo mismo puede estar en el mismo sitio como haberse marchado…, o haber llamado más naves. Esto lo sabremos en cuanto lleguemos a la mía… ¡Están ahí!

—¿Qué…?

—¡No se fueron, han estado esperando por si les habías mentido, o quizá buscando mi cadáver, para asegurarse de que ya no significaba ningún peligro antes de llamar más naves!

* * *

Afuera, Akor había visto de pronto a dos de los seres que efectivamente habían estado esperando y buscando al mismo tiempo, convencidos de que habían herido a su perseguido.

Los dos seres aparecieron de pronto desde detrás de sendos abetos, apuntándoles con sus armas…, pero para entonces había dos Akor, que se separaban corriendo. De las armas brotaron dos destellos lumínicos. Uno de ellos alcanzó a un Akor en la base del cuello, justo en el momento en que iniciaba el desdoblamiento, y los dos cadáveres cayeron de bruces, confundidos, como una extraña imagen. El otro disparo pasó rozando al otro Akor y perforó limpiamente un abeto, dejando un limpísimo agujero…, mientras el Akor que corría se convertía en dos, y al segundo siguiente en cuatro…, uno de los cuales cayó muerto acertado por el siguiente disparo del primer ser.

Los tres Akor se convertían en seis en el momento en que el tercer ser del planeta Grax aparecía y disparaba rápidamente, abatiendo a uno de ellos y, acto seguido, a otro. Sus dos compañeros disparaban también rápidamente contra *Multiman*, abatiendo a varios cuerpos, unos muertos, otros heridos…, pero el número de Akor superaba ya la docena, y al instante siguiente había dos docenas, y al instante siguiente, cuatro docenas…

Los seres de Grax seguían disparando, pero ya era inútil, pues por cada Akor que caía muerto o herido aparecían quince o veinte. Los

disparos eran absolutamente silenciosos, simples rayos de luz, y los seres de Grax seguían efectuándolos sin inmutarse, como si estuviesen tirando al blanco, incansables.

Pero el número de los Akor era ya invencible y, mientras quizá cien de ellos corría hacia los tres seres de Grax, otros cien corrían alejándose, metiéndose entre la espesura del bosque. Los atacantes arrollaron a los seres de Grax, derribándolos, y mientras varios de ellos los sujetaban contra el suelo, otros procedieron a dar fuertes tirones de sus orejas hasta arrancárselas. Inmediatamente, los seres de Grax quedaban inmóviles, como muertos, y cuando los tres estuvieron en estas condiciones, los Akor atacantes cargaron con los heridos y corrieron hacia la cabaña.

La puerta les fue abierta por Akor, y todos entraron rápidamente. Paralizada, Ruth Andrews miraba la gran cantidad de heridos que eran depositados en todas partes, alguno incluso llevados al dormitorio. Ninguno de los Akor hablaba. No era necesario, todos eran uno, sabían perfectamente qué tenía cada uno de los cuerpos.

—Salgamos —dijo Akor, tendiendo una mano a Ruth—. Creo que estoy a punto de encontrar la nave de ellos.

Ruth salió, aturdida, y corrió con Akor adentrándose en el bosque. Todo estaba sembrado de cadáveres de Akor y la muchacha, horrorizada, miró a Akor.

—¡Te han matado muchas veces! —jadeó.

—No importa.

—¿Pero si vienen alguien por aquí y ve los cuerpos...?

—No. Recogeré los cadáveres y los desintegraré, no te preocupes.

—¿Los desintegrarás...?

—Sí.

—¿Y los heridos...?

—Se cuidarán unos a otros, y estarán a salvo en la cabaña hasta reponerse completamente. Y a medida que lo hagan se unificarán. ¡No te preocupes, todo va bien! ¡Estoy ya muy cerca de la nave de Grax!

CAPÍTULO IV

La multitud de Altor dejó de correr y se separaron formando un amplio arco por entre los abetos, caminando entonces con más cautela. No hacían el menor ruido. Todavía, por entre los abetos, flotaban pequeños jirones de fría niebla. En alguna parte cantaba un pájaro solitario, al que respondió otro desde lejos.

Y de pronto, en un calvero entre la espesura, la nave quedó a la vista, sostenida sobre delgadas patas metálicas que le conferían el aspecto de una araña. Pero una araña de metal opaco y con forma de cúspide de varios lados, parecida a una pirámide de baja altura. Su diámetro debía ser de unos quince metros y su altura no inferior a cuatro.

En el suelo, entre las patas metálicas, había varios seres armados, mirando hacia el bosque, a todos lados. Inmutables, impávidos sus rostros de facciones humanas terrestres. Por entre dos patas, a un lado de la nave, había una escalerilla ligera, del mismo metal que la nave, que por su extremo inferior tocaba el suelo y por el superior se introducía en la abertura de entrada.

Una docena de Akor salió de pronto corriendo hacia esa escalerilla, mientras los demás corrían hacia la nave desde todos lados, en silencio. Los seres de Grax continuaron impertérritos; simplemente, comenzaron a apuntar sus armas hacia los atacantes, pero, de pronto, todos a una, se desinteresaron por éstos y corrieron hacia la escalerilla y subieronpor ésta rápidamente, pero ya los Akor habían llegado allí, y mientas unos derribaban a los seres de Grax los otros subían velozmente por la escalerilla, en pos de los que habían conseguido hacer lo mismo.

Los seres de Grax se metieron a toda prisa por la abertura, perseguidos por los Akor, mezclados ya unos con otros. Y sólo uno de los Akor había conseguido entrar en la nave cuando de la parte superior de la entrada de ésta descendió rápidamente una curvada puerta metálica, que cerró herméticamente.

Así, en la cámara de salida, iluminada por una luz invisible de frío tono azulado, se encontraron cuatro seres de Grax y un solo Akor, que inmediatamente se desdobló. Uno de ellos recibió el impacto luminoso, y cayó muerto al instante, mientras el otro se duplicaba a su vez rápidamente, dejando otro cadáver. Pero en otro instante más ya

fueron cuatro Akor, que se abalanzaron contra los seres de Grax en lucha cuerpo a cuerpo. Dos Akor murieron bajo los impactos, pero los dos que quedaban se convirtieron inmediatamente en cuatro, y luego en ocho... Mientras tres de ellos morían, los restantes cinco se convirtieron en diez y, mientras dos morían, los ocho se convirtieron en dieciséis...

En cuestión de segundos, los seres de Grax fueron derribados y privados de sus orejas, quedando inmediatamente inmóviles como cadáveres. Los dieciséis Akor se convirtieron en treinta y dos en otro instante más.

Y entonces, procedieron a entrar en la nave, distribuyéndose rápidamente por ella. Aparecieron algunos seres de Grax disparando, pero los Akor volvieron a duplicarse, y no tuvieron dificultad alguna en arrollar a sus adversarios, algunos de los cuales, sin ser privados de sus orejas, quedaron simplemente sujetos en el suelo. En ningún momento los Akor hicieron intención de apoderarse de ninguna de las armas que había en el suelo.

Simplemente, dejando una siembra de cadáveres, ocuparon al fin toda la nave.

* * *

—¡Ahí está! —señaló Akor—. ¡Ya la tengo!

Ruth dejó de correr. De su boca brotaban chorros de vapor. Sus ojos contemplaban muy abiertos, la extraña nave-araña rodeada de Akor. En el suelo yacían muertos muchos Akor, pero también había varios seres de Grax privados de sus orejas.

—Voy a entrar —dijo Akor—. Ya he encontrado los mandos de control.

Mientras caminaban hacia la nave tomados de la mano, la abertura apareció ante ellos. Los Akor se estaban distribuyendo alrededor de la nave, y Akor explicó:

—Quizá queden algunos más por aquí fuera, así que tengo que vigilar. Subamos.

Ruth iba recuperando el aliento. De pronto, le pareció que sí, que aquello era una pesadilla, que todo era imposible. Estaba como alucinada. Akor tiraba de su mano escalerilla arriba y, al poco se introducía en la cámara de salida, de la cual arrancaba un corto pasillo que terminaba en otra estancia circular, algo más grande,

situada en la base de la nave. En esta estancia, tres pequeñas cabinas ocupaban su lugar directamente debajo de sendas aberturas en el techo. Akor y Ruth se metieron en una de ellas, que los subió hasta el nivel superior en brevísimo y rápido recorrido.

Se encontraron en otra estancia en forma de cuarto de luna, en cuya curva exterior había varias puertas, todas abiertas, mostrando el interior de estancias diminutas. En el seno de la estancia había otra puerta, también abierta. Había Akor por todas partes, pero iban unificándose a medida que la ausencia de peligro inmediato iba resultando evidente.

Akor y Ruth cruzaron aquel umbral nítidamente perfilado, y entraron en otra estancia también en forma de cuarto de luna. Todo el panel frontal estaba repleto de instrumentos, aparatos, pantallas, señalizadores... Ruth comprendió en el acto que se hallaban en la sala de control. Allí, dos Akor estaban sentados ante sendas consolas de mando, mientras otros dos contemplaban algo que de momento Ruth no pudover. Akor tiró de su mano, y al acercarse a los dos que estaban de espaldas a ellos, éstos desaparecieron, unificándose, de modo que cuando los dos se detuvieron ante la semiesfera de cristal estaban solos.

Ruth miró el contenido de la semiesfera, e instintivamente retrocedió un paso, con viveza, exclamando:

—¡Una rata!

—No es una rata —murmuró Akor.

Ruth lo miró un instante, desconcertada. ¿Cómo que no era una rata? Volvió a colocarse ante la semiesfera, colocada sobre un pedestal de metal que cerraba su abertura, colocada hacia abajo. Era como si la rata estuviera dentro de una quesera de metro y medio de diámetro. ¿No era una rata? Pues... ¿qué era? Parecía simple y llanamente una rata blanca, de ojos rojos..., aunque su tamaño era superior al de las ratas habituales de la tierra. Una rata, eso era todo...

Hasta que, de pronto, la rata, que los estaba mirando a través del cristal, se puso sobre las dos patas, y tendió las manos hacia ellos. Las manos. Manos sin vello, de diez pequeños y delgados dedos sin uñas; parecían pequeñas salchichas. Sus pies eran igual, pero tenían solamente seis dedos.

Había en los ojos de la rata tal furia y maldad que Ruth se estremeció, y volvió a retroceder un paso. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que dentro de la esfera partida no estaba solamente la

rata, sino que había en un lado lo que parecía una pequeña calculadora de bolsillo, como incrustada en el piso metálico.

Akor señaló precisamente esa calculadora.

—Por suerte, llegué a tiempo de arrancar los cables de conexión con el panel central —y señaló ahora a los dos Akor que seguían ante los mandos.

—Dios mío, es... ¡es un animal horrible!

—No es un animal. No, al menos, lo que tú entiendes por un animal. Es un ser de Grax.

—¿Qué?

—Un grax. El jefe de la nave. Se ha distraído demasiadointentando vencerme utilizando los robots, y he conseguido aislarlo. Es la primera vez que lo consigo.

—¡No estoy entendiendo nada! —casi chilló Ruth.

—Cada nave de Grax va mandada por un grax, que generalmente permanece dentro de la cúpula de protección, sobre todo cuando existe peligro inmediato. Mientras esté aquí dentro no podremos hacer nada contra él... Al menos, no lo hemos conseguido hasta ahora. Pero tal vez yo encuentre el modo de hacerlo en esta ocasión, ya que soy dueño de la nave. El grax está desconectado de todos los mandos, que actúa desde esa minicomputadora.

—Pero... si este... bicho es el jefe de la nave... ¡Oh, por Dios, no puedo creer que ese animal mande a unos hombres!

—No son hombres. Son robots que fabrican según los modelos de los planetas que visitan. Lo que tú llamas hombres, los que te dijeron ser agentes del F.B.I., son robots de los grax. Este que estás viendo los dirigía desde su cúpula de protección, o quizá salió a los mandos centrales.

—¿Los hombres que te han disparado y... matado varios cuerpos... son robots?

—Sí. Ahora voy a traer un par de ellos para que los veas bien.

Cuatro Akor aparecieron en la sala de control, transportando a dos seres desorejados, que dejaron junto a los pies de Akor. Este se acuclilló junto a uno de ellos, hizo girar su cabeza varias veces como si el cuello fuese un tornillo, y de pronto la arrancó de un tirón. En el

cuello hubo algunos chispazos, y Ruth se quedó mirando con expresión desorbitada los cables y mecanismos que aparecían.

—Cuando les arrancamos las orejas, provocamos un cortocircuito en sus paneles impresos —explicó Akor—, de modo que quedan inutilizados de momento. Pueden ser reparados, desde luego. Muchos de los mecanismos que contienen sirven para fabricar robots con destino a otros planetas, digamos que tienen un patrón interior básico de fabricación.

—Pero yo... estuve... estuve conversando con aquellos treshombres, ellos me... me hablaron como... ¡Parecían hombres!

—No lo eran.

—¡Me hablaron como si lo fuesen, me hablaron en inglés!

—Yo también te estoy hablando en inglés, ¿no es así? Lo aprendí durante el primer día de estancia aquí, utilizando la computadora de mi nave. No es nada difícil: en cuestión de horas aprendes del lugar que visitas casi tanto como los habitantes de ese lugar. Los grax también pueden hacerlo y utilizan ese procedimiento para instalar una computadora de expresión dentro de sus robots, cuando es necesario. Y desde la nave, dirigen a los robots, modulando los sonidos por medio de la computadora de expresión. Voy a traer a la nave a todos los robots, pues no sería conveniente que alguien encontrase alguno por el bosque. Y tal vez los repare.

—¿No te atacarán?

—No —Akor señaló los mandos—, ahora soy yo quien puede controlarlos, si me molesto en aprender el sistema. Pero de momento no vale la pena. Yo no necesito a nadie para hacer lo que se tenga que hacer.

—Ni siquiera a mí —murmuró Ruth—. ¿Tu nave es como ésta?

—No. Es mejor.

La mirada de la escritora regresó a la rata que había dentro de la cúpula de cristal.

—No comprendo cómo ese bicho ha podido fabricar robots... ¿Y la nave? ¿También la han fabricado ellos?

—Sus robots, dirigidos por ellos, naturalmente. Odio decir esto, pero tengo que encontrar el medio de matar a este grax.

—Tal vez con sus armas...

—No. Imposible.

—¿No tienes en tu nave armas adecuadas?

—Sólo podré matarlo si logro sacarlo de aquí. Esta cúpula no hay nada que pueda destruirla. Nada conocido por nosotros, al menos. Ya buscaré el medio... Y también tengoque llevarme esta nave de aquí. Parece un lugar seguro, no frecuentado, pero nunca se sabe. Lo mejor sería esperar la noche, llevarla hacia el centro del lago y hundirla.

—Pero si haces eso... tendrás que hundirte con ella.

—Claro. Me quedaré dentro, por si más adelante la necesito. Pero también iré contigo a mi nave..., si es que todavía insistes en eso.

—Sí... Sí.

Akor asintió y se quedó mirando al ser de grax pensativamente. Ruth también miró la rata, que ahora tocaba con sus manos la semiesfera de cristal. Su boca se movía y Ruth sintió un repeluzno al pensar que estaba hablando. En los rojos ojos del ser de Grax relucía una maldad insoportable, parecían como hechos de fuego de odio. Ruth desvió la mirada, sintiéndose casi enferma.

—Creo... que no me encuentro bien...

—No le mires mucho rato a los ojos —advirtió Akor—. En algunos planetas han conseguido exterminar a todos los habitantes sólo con la mirada, que expresaba todo el odio de sus mentes. Algunos de nosotros hemos llegado a sentir nauseas. Así que ten cuidado.

—Pero no... no comprendo cómo han podido... ¿Cómo es posible que tengan la inteligencia suficiente para haber alcanzado esta tecnología? ¡Sólo son ratas!

—Ahora sí. Hace mucho tiempo eran parecidos a nosotros, pero su imagen física se fue deteriorando a medida que sus inteligencias derivaban hacia la maldad. En relativamente poco tiempo sufrieron esta mutación..., que los ha empeorado. Siguen conservando una notable inteligencia y habilidad manual, pero el proceso de mutación es cada vez más rápido... No sé cómo terminarán..., si les dejamos.

—Se me está ocurriendo... ¿Crees que puede ocurrimos algo parecido a los habitantes de la Tierra?

Akor la miró fijamente.

—Vais camino de ello, porque vuestra evolución es negativa.

—¡No me digas que llegaremos a ser como los grax! —gimió la escritora.

—Más o menos. De seguir así, podría llegar el momento en que se produjera una fusión entre vosotros y los seres animales que sobrevivieran a vuestra continua eliminación de manifestaciones de vida en el planeta. Los seres que más probabilidades tienen de sobrevivir a vuestros exterminios son precisamente las ratas.

—Pero... ¿qué has querido decir con eso de fusión?

—Apareamiento.

—Dios mío... ¡No!

—Degeneraréis tanto que alcanzaréis la escala animal. Y en esas circunstancias, quizá las ratas y vuestros descendientes lleguen a aparearse, de un modo u otro. Puede suceder cualquier cosa, de seguir con vuestros módulos de vida actual.

—¡Eso sería horrible!

—Está en vuestra mano. ¡Ya vienen!

—¿Qué... qué?

Akor señaló a los controles donde los Akor estaban manipulando. De allá llegaban uno sonidos que Ruth pudo oír ahora. Le parecieron como chillidos de rata.

—Están intentando comunicarse con el grax de esta nave de avanzadilla. Es indudable que el grax estaba convencido de que podría terminar conmigo, o que ya estaba muerto, y efectuó la llamada. Varias naves con más grax se están acercando a la Tierra. Ven.

La llevó ante los controles, y Ruth pudo oír mejor los chillidos. Volvió la cabeza para mirar al grax metido en su cúpula de protección, pero no captó en él ninguna reacción. Debía estar insonorizado allí dentro.

—Se acercan diez naves con crías de grax y hembras en estado de gestación —dijo Akor—. El grax que tenemos aquí les informó de que este planeta era favorable para su desarrollo, y vienen dispuestos a comprobarlo.

—¿Tú entiendes lo que dicen? ¿Comprendes esos... chillidos?

—Sí. Ni ellos pueden hablar mi lenguaje ni yo el de ellos,pero nos comprendemos muy bien. Hace mucho tiempo que estamos en lucha por el universo. Ahora vienen diez naves-nodriza. Pero están preocupados por no recibir respuesta del grax explorador.

—¿Cuándo llegarán?

—No tardarán más de tres días. Aunque no creo que aterricen inmediatamente, ya que si no consiguen el contacto con nuestros prisioneros enviarán otra exploración en una sola nave. Y si comprueban que en efecto la Tierra, les es favorable, aterrizarán, desembarcarán, y se extenderán por el planeta, a fin de conocerlo mejor y avisar entonces a Grax, desde donde enviarían millones de sus pobladores, aligerando así su planeta. Esos es lo que pretenden hacer en todas partes. Y si lo consiguen con la Tierra…

—¿Qué?

—En menos de un año sólo habría una clase de vida en este planeta: la vida grax.

—¿Y qué podemos hacer? —casi gritó Ruth.

—Ir a mi nave. Desde ella podré localizar el lugar donde aterrice la nave exploradora a falta de noticias de nuestro grax prisionero y, si consigo eliminar también al siguiente grax explorador, es posible que comprendan que algo va mal, y desistan del desembarco. No querrán perder más naves, ni arriesgar sus crías, ni a sus gestantes. Pero te diré una cosa: si esas crías, o alguna de las gestantes, desembarca, creo queya no se podrá hacer nada. Claro que al no ser millones tardarían más tiempo, pero la Tierra pasaría tarde o temprano a ser un planeta grax.

—¿Cuántos grax crees que llegan ahora?

—En cada nave-nodriza suelen llevar cien mil crías y mil gestantes. Y cada ocho semanas, los adultos se reproducen.

Ruth Andrews se llevó las manos al rostro, aterrorizada. Definitivamente, ahora sí era aquello una pesadilla. Ya no se oían los chillidos por la radio, se había hecho el silencio.

Multiman la tomó de una mano y tiró de ella.

—Voy a traer tu automóvil aquí, para ir directos en busca de mi nave.

CAPÍTULO V

Akor *Multiman* detuvo el coche de Ruth Andrews cerca de la orilla del lago, al otro lado de éste frente a la localidad de Lakeside. Se apearon ambos, y Akor buscó el lugar donde dos días antes había dejado oculto su equipo. Ante la inmóvil mirada de Ruth se desnudó, y se colocó su vestimenta habitual, un ceñido traje que parecía de tela metálica. Se colocó el cinturón, en el que había dos pequeñas cajas de mandos y manipuló en una de ellas.

—No hay novedad, todo está bien en mi nave. Podemos ir allá.

—Pareces… pareces uno de esos… extraterrestres que vemos en nuestras películas —susurró Ruth.

—Vuestra imaginación es más bien intuición —sonrió Akor—. Estoy pensando que no es necesario que tú te sumerjas conmigo. El agua está demasiado fría para ti. Sacaré la nave y te recogeré en la orilla. No te alejes de aquí.

—No… Pero si sacas la nave ahora, a pleno día, alguien podría verla.

—Esperemos que no. Pero hemos de correr ese riesgo, Ruth: no hay tiempo que perder, con esas diez naves acercándose. Normalmente, suelen aterrizar una junto a la otra, es decir, que la siguiente nave de exploración debería aterrizar por estos lugares, pero quizá elija cualquier otro lugar del planeta, y entre localizarla exactamente y las medidas que tomásemos pasaría el tiempo… Espera aquí.

Multiman se acercó a la fangosa orilla del lago, y se metió en las frías aguas, comenzando a nadar inmediatamente lago adentro con largas brazadas que dejaron asombrada a Ruth por su potencia y velocidad. No pudo por menos de pensar en una intervención de *Multiman* en una olimpíada terrestre: nadie podría vencerle…

Estuvo viendo el surco que dejaba en el agua. A unos trescientos metros de la orilla, la estela terminó al sumergirse Akor *Multiman*.

Un minuto más tarde, la superficie del lago pareció hincharse, como formando una burbuja. Una enorme burbuja reluciente, de unos seis metros de altura y veinticinco de diámetro. Luego, el agua resbaló sobre la superficie metálica de la nave, formando un oleaje de círculos

concéntricos que se fueron extendiendo. Ruth se sentía como clavada de pies en el suelo.

La nave estuvo unos segundos flotando, como meciéndose. Luego, sin ruido alguno, simplemente se desplazó sobre el agua hacia la orilla, hasta que el borde llegó al fango. La nave se detuvo. Se oyó un suave silbido, y una abertura apareció frente a Ruth. De la abertura partió una larga rampa metálica suavemente rizada, que llegó a menos de cinco metros de Ruth.

Multiman apareció en la abertura y caminó por la rampa hacia la petrificada novelista. Llegó junto a ella, le tendió la mano y preguntó, sonriente:

—¿Tienes miedo?

Ruth no tuvo tiempo de contestar.

De pronto, tras ella, sonó una voz bronca, pero con tonos de histerismo:

—¡Quietos ahí los dos! ¡No se muevan, o disparamos!

Ruth lanzó una exclamación y se volvió vivamente. Vio atres hombres armados de escopetas apareciendo entre los arbustos. Los tres estaban pálidos, muy abiertos sus ojos, indudablemente asustados, y por tanto resultaban peligrosos. Podían disparar en cualquier momento.

—¡Levanten las manos! —gritó otro.

Ni Ruth ni *Multiman* reaccionaron. Ruth comprendió que los tres hombres eran cazadores. Debían tirar bien, sin duda. No sabía qué hacer, no se le ocurría nada...

—¡Les he dicho que levanten las manos!

Ruth lo hizo, lentamente. *Multiman* la miró y susurró:

—Espero volver a verte, Ruth. Regreso a mi nave.

—No... ¡No, no lo intentes, te matarían! Son cazadores, saben disparar... ¡Te matarían!

—¡Usted: si no levanta las manos le voy a volar los sesos, amigo!

Akor *Multiman* alzó lentamente los brazos, imitando el gesto de Ruth. Desistió de dar la vuelta y correr hacia el interior de la nave, no por temor a las consecuencias para él, sino para Ruth. Podían herirla o

matarla a ella, si disparaban los tres a la vez.

—Vengan hacia aquí —ordenó el que no había hablado hasta entonces—. ¿Qué demonios es esto? ¡Y no nos vengan con el cuento de los platillos volantes!

Ruth le hizo un gesto a *Multiman* y ambos se acercaron a los tres hombres, muy despacio. Estos miraban entre despavoridos y curiosos la gran nave reluciente, pero sólo con veloces vistazos, pues su mayor atención se centraba en Ruth y Akor. Este susurró:

—Sepárate de mí. Voy a escapar. ¡Tengo que hacerlo!

—¡Dejen de mascullar! Y si lo hacen, que sea en tono alto, que podamos oírles… ¿De dónde son ustedes? ¿Rusos?

Ruth quedó atónita. Tanto que, simplemente, se detuvo. *Multiman* aprovechó el momento para saltar a un lado, sabiendo que atraería ahora la atención de los tres hombres, que estaban ya lo suficientemente cerca para no fallar ningún disparo que hubiese podido herir a Ruth… Y mientras saltaba, se desdoblaba.

Los tres hombres gritaron y dispararon a la vez sus escopetas de doble cañón. La tremenda descarga alcanzó de lleno a los dos Akor; la cabeza de uno de éstos reventó, esparciendo a su alrededor una brillante rociada de sangre verde. El otro Akor recibió parte de la perdigonada en un costado, yparte en el lado derecho del rostro, que estalló también en un pequeño volcán verdoso. El primer cadáver cayó de costado y el segundo pasó por encima girando, tropezó con el cuerpo del primero y cayó de bruces.

Ruth comenzó a gritar, llevándose las manos a la cara.

Los tres hombres quedaron inmóviles tras los disparos. Inmóviles y lívidos, desencajando sus rostros, desorbitados sus ojos fijos en los dos cadáveres.

La reacción de Ruth los pilló de sorpresa. La muchacha pareció serenarse de pronto, dio la vuelta, y echó a correr hacia la nave. Uno de los cazadores reaccionó, tiró a un lado la escopeta y corrió tras ella. La alcanzó a mitad de la rampa, la agarró por un brazo, y la hizo volverse, casi derribándola. La siguiente reacción de Ruth también le sorprendió: la novelista se abalanzó contra él, gritando, intentando golpearlo… El hombre retrocedió un paso y, cuando tuvo a tiro a Ruth, disparó su puño derecho.

La mandíbula de Ruth crujió, sus ojos se pusieron en blanco, y la

muchacha saltó hacia atrás como un pelele, sin sentido, llegó al borde de la rampa y cayó de espaldas, sonando con fuerza su cuerpo sobre el agua, en la que se hundió un instante. El hombre corrió hacia el borde de la rampa, demudado, la vio medio sumergida, y saltó, de pie, junto a ella, agarrándola inmediatamente.

—¡Ray! —aulló—. ¡Ven a ayudarme a sacarla de aquí!

Entre los dos la sacaron del agua y la depositaron junto alos dos cadáveres. Luego, los tres cazadores cambiaron una mirada espantada.

—No lo entiendo —jadeó uno de ellos—. ¡Había aquí un solo hombre, y ahora hay dos muertos!

* * *

Bigfork, situada cerca del extremo norte del Flathead Lake, era habitualmente una localidad tranquila, con pocos habitantes y un alguacil residente, a las órdenes del sheriff del condado. El alguacil se llamaba Loyd Butchers y, hasta entonces, no había tenido mayores complicaciones en su vida como representante de la ley.

Pero las complicaciones de aquel día llenaban los huecos del aburrimiento de su vida anterior, y, sin duda, le servirían para tener tema de conversación durante el resto de su vida. En un principio, cuando llegaron los tres cazadores en un *Land Rover* diciendo que había un platillo volante en la orilla del lago unas pocas millas más al Sur, se dijo que, puesto que no parecían borrachos, debían ser unos grandes bromistas. Luego, ellos lo llevaron al *Land Rover*, donde tenían a la mujer atada de pies y manos y los dos cadáveres.

A partir de ese momento, todo se desquició. El sheriff Landon fue avisado telefónicamente a Polson. Llegó una hora más tarde, tras informar por la radio de su coche a Butchers de que, en efecto, de camino hacia Bigfork, había pasado por la orilla del lago, donde había dejado a unos cuantos hombres «custodiando» el platillo volante, en el que, de momento, nadie se había atrevido a entrar. Mientras tanto, por supuesto, fue avisado el F.B.I. y el Ejército, representantes de los cuales se apresuraron a ponerse en marcha hacia la orilla del lago.

Así que, cuando el sheriff Landon llegó a Bigfork, todo estaba en marcha, y le pequeña y tranquila localidad parecía un manicomio al aire libre. Lloyd Butchers estaba en su oficina, atendiendo llamadas y procurando poner un poco de orden en aquel caos cuando llegó el sheriff, que inmediatamente se plantó ante él y vociferó:

—¿Dónde están estos tres tipos?

—Los he metido en una de las celdas —dijo Butchers—. No sabía qué hacer con ellos. La muchacha está en otra celda. No quiere hablar, no dice nada.

—¿Y los dos cadáveres?

—Los tengo en la parte de atrás. Son dos, pero los cazadores dicen que sólo dispararon contra uno..., que sólo había uno.

Landon entornó los párpados, soltó una maldición y pidió ante todo ver los dos cadáveres. Butchers lo llevó al pequeño cuarto trasero lleno de trastos, y los señaló, tendidos en el suelo.

—Son idénticos —susurró—. Claro que con esos destrozo en la cabeza... Bueno, al menos se parecían mucho. Visten igual. Los cazadores dicen...

—¡Ya sé lo que dicen los cazadores! ¡Pero si aquí hay dos cadáveres es que dispararon contra dos hombres! ¿No es así?

Butchers encogió los hombros y no replicó. Ya había dicho todo lo que podía decir.

—Vamos a las celdas —gruñó Landon.

Apenas aparecieron los representantes de la Ley, los tres cazadores se acercaron a las puertas de rejas, hablando a la vez. Landon les ordenó callar con un berrido, y cuando consiguió que todo estuviese aceptablemente calmado exigió una explicación directa y sin histerismos. Los cazadores se habían calmado ya, y procedieron una vez más a la explicación.

—...cuando los vimos llegar pensamos que querían hacer el amor por allá, y nos hizo gracia —terminó la explicación el llamado Malcom Wells—. Bueno, nos escondimos. Los veíamos bien, pero no les oíamos hablar. Entonces se metieron entre unos arbustos y al poco salieron, vestido el tipo de esa manera tan rara, y se metió en el lago. No sabíamos qué hacer, lo único que se nos ocurrió fue esperar. Y entonces apareció el platillo...

—¿Y ustedes creyeron que eran espías rusos?

—Bueno, algo así —gruñó Ray Sanders—. Escuche, puede que existan los platillos volantes, pero ya estamos hartos de historias de alienígenas, ¿sabe? Se nos ocurrió que era un... artefacto ruso, o algo parecido. Y no nos gustó.

—No pueden tenernos encarcelados por eso —dijo Peter Donner,

el tercer cazador.

—Ya veremos qué hacemos con ustedes —farfulló Landon—. Depende de lo que diga la chica. Abra su celda, Lloyd.

—Ella no dirá nada.

—¡Que abra, demonios!

* * *

Lloyd Butchers abrió la celda y Landon entró. Ruth estaba sentada en el borde del camastro, con la cabellera alborotada por el baño indeseado, pero ya seca, y envuelta en una manta bajo la cual estaba desnuda, mientras sus ropas se secaban en otro lugar.

—Bueno, veamos —masculló Landon—... ¿Quién es usted?

Ruth le miró inexpresivamente, y eso fue todo. Landon arrugó el ceño.

—¿No entiende mi idioma? ¡Vamos, no me diga que es usted alienígena, jovencita! En mi opinión, esos tres sujetos tienen razón: usted y sus dos amigos son rusos, ¿cierto? ¿O son norteamericanos que estaban haciendo alguna prueba secreta? ¿Se ha cometido un error tremendo en todo esto?

Ruth permaneció en silencio. Landon se armó de paciencia, y ofreció cigarrillos a Ruth. Esta miró el paquete, asintió y tomó uno, que el sheriff le encendió, más amable.

—Escuche, señorita, tenemos un platillo volante, o lo que demonios sea, en la orilla del lago, y tenemos dos hombres muertos. No puede usted dejar de comprender que ha sucedido algo grave e importante, ¿verdad? Vamos, sea razonable: es usted la única persona que puede explicarnos lo sucedido. ¿Se trata de algún secreto militar? ¡Maldita sea, si es así dígalo, y arreglaremos el asunto como se pueda! ¿De acuerdo? Muy bien: ¿quién es usted y quiénes eran sus compañeros?

Ruth lo miraba fijamente. Sabía que si decía la verdad la tomarían por loca, eso era seguro. Pero si se les ocurría creerla, y se divulgaba lo de la próxima llegada de los seres de Grax (que se divulgaría, por supuesto), el pánico cundiría en el mundo entero. De modo que apretó los labios y bajó la mirada.

—Muy bien —dijo Landon—. Dentro de poco tendremos aquí enviados del Ejército y del F.B.I. y ya verá como usted tendrá que

abrir esa preciosa boca para algo más que para fumar. Ellos no se andarán con contemplaciones, se lo juro. ¿Me está entendiendo o no?

Ruth se limitó a fumar. El sheriff Landon soltó un gruñido dio la vuelta y salió de la celda. Segundos después, llevando a Butchers a su lado, estaba de nuevo en la oficina..., en la cual había ya varios periodistas, que al ver al sheriff comenzaron a hablar a la vez.

—¡Cállense! —gritó Landon—. ¡Y salgan todos de aquí! ¡No van a obtener ninguna información más! ¿Está claro?

—Escuche, sheriff, el público tiene derecho a saber.

—¡Al demonio el público! ¡Y ustedes también! ¡Fuera de aquí todos! Se les informará cuando sea posible y por medio de las personas designadas para ello. ¡Maldita sea, yo sólo soy un maldito sheriff, de modo que no me compliquen más mi maldita vida! ¡Fuera!

Comenzó a empujarlos, sin atender protestas de ninguna clase. Finalmente, cerró la puerta, y se volvió a mirar a Butchers, que le contemplaba plácidamente.

—¿Qué coño está mirando? —aulló.

—Ningún coño —sonrió el alguacil—. O eso creo.

—¡No se las dé de gracioso conmigo, Lloyd!

—No, señor. Oiga, ya que está usted aquí a cargo de todo, ¿puedo ir a echarle un vistazo a ese platillo? ¡Lo ha visto todo el mundo menos yo!

—¡Usted se queda aquí! Y eso de que el platillo lo ha visto todo el mundo, olvídelo. El Ejército debe estar ya allí, impidiendo la proximidad de los curiosos. ¡Invíteme a café, eso es todo!

—Se pondrá más nervioso —apuntó Butchers.

—¡Lloyd...! —amenazó Landon.

—De acuerdo, le prepararé café. Allá usted.

Primero llegaron no menos de una docena de agentes del F.B.I., procedentes de las Delegaciones más cercanas. Casi pisándoles los talones, cómo no, llegaron los de la C.I.A. Y casi al mismo tiempo, tres camiones cargados de soldados, que parecieron disponerse a tomar militarmente la plaza.

En la celda de Ruth Andrews no se cabía. Estaba llena de agentes

del F.B.I. y de la C.I.A., y había, además, dos generales del Ejército, todos ellos intentando conversar con Ruth, que permanecía silenciosa. Se le informó de que el platillo había sido ocupado, pero que nadie entendía nada de nada allá dentro, y que esperaban de ella una explicación. Ante su mutismo a las preguntas en inglés, expertos del F.B.I. y de la C.I.A. le hablaron en ruso, en alemán, en francés, en italiano...

Silencio absoluto por parte de Ruth Andrews.

La discusión seria se inició entonces, cuando todos pretendían llevarse a Ruth de allí a un «lugar adecuado» para conversar con ella. Por supuesto, ninguno quería ceder a la única persona que, al parecer, podía explicar el asunto.

Y así estaban las cosas en el departamento de celdas cuando Lloyd Butchers, que se hallaba sentado ante su mesa fumando plácidamente, vio al hombre que golpeaba el cristal de la puerta, y que le hacía señas. Butchers se limitó a mover negativamente la cabeza, haciendo al mismo tiempo un gesto de disculpa. Nadie podía entrar allí. Rigurosísimamente prohibido.

El hombre insistió y Lloyd frunció el ceño. Se puso en pie, y se acercó a la puerta. Cuando estuvo frente al hombre, al otro lado del cristal, se dio exacta cuenta de lo alto que era. Y vio sus extraordinarios ojos dorados...

Por un instante, la imagen destelló en la memoria del alguacil: los ojos dorados de los dos hombres muertos que tenía en el cuarto de atrás. Y la estatura del que tenía delante era parecida... Abrió la puerta de pronto.

—¿Qué quiere usted? —murmuró.

—Vengo a buscar a Ruth Andrews.

—Ah. ¿Y quién es Ruth Andrews...? Espere un momento: ¿es la belleza que tenemos prisionera?

—Sí —sonrió el visitante... En efecto, es toda una belleza.

—¿De modo que la conoce usted...? De acuerdo, pase —cerró rápidamente la puerta tras el visitante, desoyendo las protestas de los periodistas que esperaban fuera—. Espere que nos ayude a aclarar este asunto, señor... señor...

—*Multiman*, del planeta Dotokor.

CAPÍTULO VI

A Lloyd Butchers se le cayó el cigarrillo de la boca, estuvo unos segundos estupefacto y, por fin, exclamó:

—¿Qué?

—*Multiman*, del planeta Dotokor —repitió Akor.

—Pero... ¡qué demonios está diciendo, hombre!

—Escuche, he venido a recoger a Ruth y prefiero hacerlo sin complicar las cosas. ¿Quiere hacer el favor de entregármela?

Butchers sacudió la cabeza y, de pronto, sonrió.

—Cómo no, hombre, cómo no. Pero mire, yo no puedo tomar esa decisión, ¿sabe? Creo que sería mejor que expusiera usted su pretensión a otros caballeros. ¿Le importa?

—Claro que no.

—Estupendo —Butchers comenzaba a divertirse—. Bueno, venga conmigo.

Lo llevó al departamento de celdas, donde el jaleo era impresionante. El sheriff fue el único que prestó atención al recién llegado. Se quedó mirándolo fijamente, y también en su memoria se formó la imagen de los dos cadáveres que había visto. Butchers estaba gritando, pero apenas se le oía y, por supuesto, además, nadie le hacía caso. Landon tardó quince segundos en conseguir un silencio que resultó no poco chocante, y por fin, todos se quedaron mirando al recién llegado.

—Dice que es un tal *Multiman*, del planeta Dotokor —presentó cachazudamente Butchers.

—¡Akor! —se oyó la exclamación de Ruth en el silencio de la estupefacción—. ¡Por fin has venido!

Ruth se abrió paso entre sus interrogadores, al mismo tiempo que *Multiman* acudía a su encuentro. Se abrazaron, y ella exclamó, riendo histéricamente:

—¡Menos mal que te quedaste con dos cuerpos en la nave de los grax!

—Sí. Bueno, salgamos de aquí.

—Oiga, oiga, amigo, un momento —farfulló uno de los generales —. No creerá que van a marcharse, ¿verdad?

—Tengo algo importante que hacer —dijo amablemente Akor.

—Sí, ¿eh? —masculló un agente de la C.I.A. —. ¡Pues nosotros también! Y si tiene algo que decirnos será mejor que lo haga cuanto antes.

—De acuerdo —asintió Akor—: hay diez mil cuerpos míos ahí fuera y puedo controlarlos a todos ustedes por muchas armas que tengan y por muchos cuerpos que maten...

—¿Que tiene diez mil cuerpos...? ¿Qué quiere decir, a qué cuerpos se refiere?

—Cuerpos míos. Y puedo tener cincuenta mil en cuestión de segundos. Pero prefiero que no me vean, para no asustar a nadie.

—Este tipo está loco... ¿Sabe, amigo?: sea quien sea usted también está detenido, así que...

El hombre que estaba hablando calló de golpe, porque ante sus ojos *Multiman* se desdobló. Al instante siguiente, los cuerpos ya eran cuatro y, otro instante después, eran ocho. Se había oído alguna exclamación, pero el silencio se hizo de súbito. Todos los ojos estaban desorbitados. En la entrada del departamento de celdas, Butchers estaba que se caía. Landon permanecía boquiabierto. Cerró la boca cuando *Multiman* adquirió dieciséis cuerpos... Ya no se cabía en la celda. Era una cosa de locura.

Y, de pronto, los dieciséis cuerpos se fundieron en uno solo. *Multiman* tomó de un brazo a Ruth.

—¿Podemos marcharnos ahora? Les advierto que una negativa por su parte me obligará a pasar al ataque, cosa que detesto. Prefiero salir pacíficamente de aquí y que dejen vía libre hasta mi nave. Y cuando llegue allí, deberá estar desalojada y a mi disposición. ¿Lo han entendido?

De repente, uno de los agentes del F.B.I. sacó su pistola, y apuntó a *Multiman*.

—Usted es el que va a entender que...

Multiman se desdobló de nuevo. En un instante, volvió a hacerlo.

Uno de los Akor se acercó al agente del F.B.I. que, nerviosísimo, disparó.

—¿Está loco? —aulló uno de la C.I.A.—. ¡No se le ocurra disparar aquí so...!

Akor estaba cayendo, muerto de un balazo al corazón. Pero los otros tres se convirtieron en seis, y en un instante, en doce, pasando ya al ataque, siendo ya veinticuatro para entonces. Todavía como clavado al suelo en la entrada del departamento de celdas, Butchers veía y no creía... La celda rebosaba ya, dejando un pasillo de Akor por el que salió tranquilamente Ruth, que se encaminó hacia Butchers, el cual sacó la pistola, indeciso... Media docena de Akor pasaron rápidamente delante de Ruth, formando una muralla humana, mientras en la celda proseguía una increíble lucha cuerpo a cuerpo en la que los Akor llevaban ahora la mejor parte, naturalmente. Sonó algún disparo, pero todo era inútil.

En la celda contigua, los tres cazadores gritaban, fijos sus desorbitados ojos en la masa increíble de Akor que parecía a punto de reventar las rejas de las celdas.

Butchers apuntó al pecho de uno de los Akor, pero no llegó a apretar el gatillo, por propia voluntad. Dos Akor lo apartaron, y uno de ellos dijo:

—Los voy a encerrar aquí a todos.

—Luego les enviaré las llaves —dijo el otro.

Lloyd Butchers miró a Ruth, con ojos enloquecidos, y a los cuatro Akor restantes que la escoltaban. Los vio desdoblarse antes de salir. Luego, todo lo que supo fue que la puerta se cerró a su espalda. Oyó el sonido de la llave. Y justo entonces, todos los Akor que había en el departamento de celdas desaparecieron, menos dos que habían caído muertos. Muy despacio, Lloyd Butchers se sentó en el suelo y se quedó con los ojos muy abiertos.

Afuera, en la oficina, los Akor se dirigieron hacia la puerta, y uno de ellos la abrió. Salieron todos, rodeando a Ruth. Al principio se habían oído gritos y llamadas, pero de pronto todo quedó en silencio. Los periodistas y el resto de la multitud que esperaba noticias quedaron petrificados cuando los Akor se multiplicaron ante sus ojos y comenzaron a apartarlos. Un grupo de soldados llegaron corriendo, armados de metralletas..., y se quedaron mirando, atónitos, a los cincuenta o sesenta Akor que avanzaban hacia ellos mientras la gente corría hacia todos lados, alejándose de allí despavorida. En un

instante, hubo cien Akor, y luego doscientos...

—Dios mío —jadeó un joven soldado.

La gente de Bigfork gritaba ahora con más fuerza. Pero, por encima de sus gritos, resonaba ahora otro rumor, cada vez más fuerte... Como el rumor que produciría un alud en la montaña. La gente regresaba corriendo hacia el centro del pueblo. Parecían huir de la mayor catástrofe imaginable. Los soldados, que habían estado divididos en grupos, se iban reuniendo en la plaza, empujados por los miles de Akor que llegaban desde todos los lados.

—Pero... ¿qué es esto? —gimió otro soldado—. ¡Hay miles de hombres todos iguales!

El rumor era ahora claro, concreto, definido: el de un ejército en marcha. Los Akor aparecían por todas partes, ahora en número de veinte mil, que en un instante fueron cuarenta mil, formando un anillo alrededor de Bigfork, en cuyo centro estaban todos sus habitantes y los soldados, incapaces de reaccionar. En un lado, se formó un pasillo por el que Ruth Andrews caminó tranquilamente hacia la salida del pueblo.

Algunos Akor entraban en las casas, ocupándolas, y otros se dirigían hacia la central de teléfonos, que quedaron desconectados todos. El pueblo fue tomado, prensado, inmovilizado por aquella masa indestructible, y completamente incomunicado por cualquier sistema con el resto del país, del mundo.

Nadie podría salir de allí hasta que *Multiman* lo decidiera.

Un Akor entró en la oficina de Butchers, abrió el departamento de celdas, y se asomó.

—Ya pueden salir de allí —dijo—. Pero les informo de que el pueblo está bajo mi control en todos los aspectos. Si desean comprobarlo sólo tienen que echar un vistazo afuera.

El primero en salir corriendo fue Butchers. Cuando apareció en la puerta de su oficina, creyó que estaba soñando. Sí, todo era un sueño. ¿Qué otra cosa podía ser? No podía ser cierto que existieran miles de hombres iguales, formando aquel cerco silencioso en cuyo centro estaban los habitantes del pueblo y los soldados. Estos no sabían qué hacer y, naturalmente, Butchers tampoco. Se volvió, buscando con la mirada a Landon, que apareció junto a él, seguido de los demás.

—Pero, Dios, ¿qué es esto? —jadeó Landon.

—No deben temer nada —dijo *Multiman* junto a él—. Y si me garantizan que van a quedarse ahí sin intervenir en nada, desalojaré el lugar para que puedan reanudar su vida normal. Pero no deberán intentar comunicarse con nadie. Sería peor. Por mi parte, sólo deseo recuperar mi nave. ¿Están de acuerdo?

—Pe-pero... esto no puede ser... ¡Es una locura!

—Quédense quietos aquí y nada ocurrirá. Pero si intentan cualquier cosa antes de que yo haya recuperado mi nave, volveré.

Akor se mezcló con el resto de los Akor, que se replegaron rápidamente, ensanchando el círculo, hasta que, de pronto, simplemente, desaparecieron, unificados con el Akor que acompañaba a Ruth Andrews.

* * *

Ruth Andrews había «robado» un coche en la salida del pueblo, y ahora conducía hacia el lugar junto a la orilla donde había quedado el suyo. Sentado junto a ella iba Akor. En el asiento de atrás iban tres Akor más.

—Supongo —dijo Ruth— que además continúas estando en la nave de los grax.

—Desde luego. Ya no pienso dejarme sorprender más.

—No quise explicar nada a nadie —murmuró la muchacha—, pero quizá deberíamos hacerlo, Akor.

—Yo arreglaré esto.

—Lo de los grax, sí, estoy segura. Pero tarde o temprano tendremos que dar explicaciones.

—Primero solucionemos lo de los grax. Luego, si es necesario, daremos o darás todas las explicaciones convenientes.

—¿Qué piensas hacer exactamente?

—Sólo hay una solución: interceptar las naves grax que están acercándose a la Tierra. Y debo hacerlo tanto por la Tierra como por Dotokor. Si permito que los grax instalen aquí un criadero planetario, todo comenzará a ir mal para todos, pues desde aquí podrían más adelante buscar nuevos criaderos en esta parte del universo. Y llegaría el momento en que serían tantos que ni siquiera nosotros, los de Dotokor, podríamos controlarlos, pues nuestra multiplicación tiene un

límite. Ahora mismo, estoy bastante fatigado, pues he consumido mucha energía.

—¿Quieres decir que podría llegar el momento en que no podrías multiplicarte?

—Podría llegar ese momento. Todo tiene un límite, Ruth.

—¿Qué vamos a hacer ahora? Porque si estás agotado… ¡Debe haber una fuerte vigilancia en tu nave!

—He dicho que estoy «fatigado», no «agotado» —sonrió Akor—. Por el momento, todavía tengo energías para solucionar esa parte del conflicto. Cuando lleguemos allá, será mejor que te quedes lejos, porque con seguridad tendré que volver a multiplicarme y sé que dispararán contra mí. Vendré a por ti cuando haya arreglado la situación.

—Está bien.

Tardaron poco más de veinte minutos en llegar al lugar donde habla quedado el platillo volante. Los Akor se apearon, y uno de ellos se asomó por la ventanilla de Ruth, y la besó en la boca.

—No te muevas de aquí —dijo.

—Debo ser muy especial —susurró Ruth—. ¡Cualquier mujer se habría ya vuelto loca si tuviera ante ella tantos amantes que son uno solo!

—Volveré pronto a por ti —sonrió Akor.

Se alejó rápidamente y, tan sólo tres o cuatro minutos después, comenzó a ver soldados componentes del cerco que se habla establecido en la orilla del lago. Los cuatro Akor se convirtieron en ocho, éstos en dieciséis, éstos en treinta y dos, éstos en sesenta y cuatro… En cuestión de segundos, quedó formado el pequeño ejército de Akor, que se encaminó resueltamente hacia un grupo de soldados que ocupaban una posición en forma de arco de unos ciento cincuenta metros de longitud. El suboficial que mandaba el pelotón oyó el rumor de gente acercándose, y dio la voz de alarma. Inmediatamente, los soldados ocuparon sus posiciones de cierre de la posición, tranquilos, convencidos de que nada podía ocurrir. Debía ser gente que vivía por allí y que se había enterado y querían ver la nave…

El pasmo fue general y total. El suboficial, que acudía el encuentro de aquel numeroso grupo de personas, se detuvo en seco al ver más de trescientos hombres de metro noventa y todos iguales. Su

boca quedó abierta. Tras él, los soldados quedaron igualmente boquiabiertos.

—Apártense —dijo Akor—. Sólo quiero recuperar mi nave. Dejen el paso libre.

El suboficial parpadeó, sacudió la cabeza, y luego corrió hacia la radio de campaña que había sido instalada en la pequeña posición.

—¡Mi comandante! —aulló—. ¡No va a creerlo usted, señor, pero tenemos ante nosotros a más de trescientos hombres iguales que dicen...!

Akor no esperó más. Simplemente, se puso en marcha.

Sonaron algunos disparos, se oyeron las órdenes del suboficial, gritos... No había nada que hacer. Dejando unos cuantos cadáveres en el camino, los Akor prosiguieron hacia la nave, dejando un grupo encargado de controlar a los soldados.

Cuando llegaron a la segunda línea de contención, que era la última y por supuesto la más sólida, eran más de tres mil. El comandante que mandaba aquellas fuerzas y que estaba intentando en vano seguir en comunicación con el suboficial que antes le había llamado, oyó también el rumor. Para él estaba claro: era el rumor de hombres, de tropas, de soldadesca.

Y en cierto modo tenía razón. Sólo que era una tropa de tres mil soldados idénticos, perfectos, desarmados, pero obedeciendo un solo cerebro, una sola línea de órdenes. Pero ni siquiera era necesario adoptar táctica ni estrategia alguna; simplemente, los tres mil Akor continuaron avanzando, indiferentes a la oposición militar que el comandante intentó organizar. Sonaron metralletas, ametralladoras, pistolas... El ejército de Akor, dejando montones de cadáveres, continuó su marcha, multiplicándose continuamente, provocando el pánico total en los soldados, en los representantes de la Ley, en el F.B.I., en los hombres de la C.I. A. que habían acudido...

En menos de un minuto, la posición de «seguridad» fue tomada por Akor; los soldados y los demás terrestres reunidos en un grupo que quedó acorralado y custodiado por más de dos mil Akor, los cuales apartaron las armas y formaron un círculo de que era imposible salir. Cuatro Akor se metieron en el coche de Ruth y fueron al lugar donde había quedado ésta. Un minuto más tarde, regresaban con la escritora, que se dirigió resueltamente hacia la rampa de la nave, acompañada por los Akor.

Uno de éstos entró en la nave, llevando de un brazo a la muchacha. Los otros tres quedaron en el extremo de la rampa, y, para mayor pasmo y espanto de los soldados, absorbieron en un instante a todos los hombres idénticos que los estaban custodiando. Al instante, los tres Akor se convirtieron en uno, que retrocedió. La compuerta de la nave apareció desde arriba, mientras la rampa era recogida rápidamente. Todo automatizado, la nave quedó herméticamente cerrada. En tierra, nadie se movía, nadie reaccionaba.

Ni siquiera reaccionaron cuando, de pronto, la nave pareció catapultada hacia el cielo, lanzando salpicaduras de barro de la orilla del lago a todas partes, y dejando tras ella una breve lluvia que se desprendió de su base.

Eso fue todo.

Dentro de la nave, mientras varios Akor se encargaban de los mandos, Akor condujo a Ruth a una cámara, en la cual disponía de equipos de tela metalizada.

—Cualquiera de los míos te irá bien —dijo Akor—: se adaptan al cuerpo.

Ruth se convenció muy pronto de que era así. Ya vestida, se quedó mirando sonriente a Akor.

—¿Parezco ahora una hembra de tu planeta? —preguntó.

—Desde luego.

—No sé, no sé... Supongo que deben ser muy hermosas.

—No tienes nada que envidiarles —rio Akor.

—Supongo que por lo menos su facultad de multiplicarse —replicó Ruth—. ¡No me imagino qué clase de vida debe llevar una pareja de Dotokor! Quiero decir... Bueno, me pregunto si cuando hacéis el amor lo hacéis de forma... unitaria o bien os... divertís haciéndolo por partida múltiple.

—Tienes razón —rio de nuevo Akor—: ¡A veces nos divertimos haciéndolo por partida múltiple!

—Pues no logro imaginármelo. ¡Menuda experiencia, gozar del amor con varios cuerpos que sólo reciben una sensación! Francamente, no consigo...

—Están aquí —se sobresaltó de pronto Akor—. ¡Están aquí, en mi

nave!

—¿Qué…? ¿Quiénes?

—¡Los grax! ¡Acabo de descubrirlos en el compartimiento electrónico! ¡Han colocado un nido allí!

—¿Y qué… qué vas a hacer, qué estás haciendo?

—Voy a ocuparme de ellos debidamente. ¿Quieres ver un nido de grax? ¡Ven!

CAPÍTULO VII

Akor tomó de la mano a Ruth y salieron de la cámara. En seguida vieron otros Akor yendo rápidamente de un lado a otro. La nave de Akor era, en efecto, más grande y sofisticada que la de los grax, y constaba de tres plantas o niveles. El superior estaba destinado a la navegación. El medio, donde se hallaban, disponía de varias cámaras y servicio médico, pues en ocasiones viajaban varios seres de Dotokor en una sola nave; aquí era donde se hallaban. Akor descendió con Ruth al nivel inferior, donde se hallaban los compartimientos de controles electrónicos de toda la nave y las cabinas bélicas, que prácticamente no eran utilizadas jamás, salvo precisamente cuando había que interceptar naves de Grax en cualquier punto del espacio.

Aquí abajo había no menos de una docena de Akor, todos ellos sacando pequeñas cajas de cristal de detrás de los paneles electrónicos. De pie en un lado del compartimiento había tres robots de los Grax, inmóviles, como simples muñecos que eran si no estaban accionados por el grax de la nave a la que pertenecían.

—Debí registrar la nave antes de subirla a la superficie del lago para recogerte —explicaba Akor.

—Pero... ¿cómo han conseguido entrar aquí?

—Los robots los trajeron. Mientras yo me reponía en la cabaña, ellos localizaron mi nave desde la suya y el grax envió a éstos con un nido. ¡Lo han hecho otras veces, han intentado en muchas ocasiones instalar nidos de grax en Dotokor! Y en las escasas ocasiones en que han conseguido entrar en una de nuestras naves, también lo han hecho, siempre con la esperanza de colocar en Dotokor tarde o temprano una avanzadilla que se multiplicase y les facilitara la invasión.

—Pero no entiendo cómo los robots pudieron entrar en la nave.

—Seguramente descubrieron mi equipo escondido en la orilla del lago y lo utilizaron para entrar varios de ellos con el nido. Luego, dejaron tres robots y los demás se marcharon. Estos tres robots para cuidar de las crías hasta que su desarrollo fuese suficiente. Entonces, se habrían marchado, y si yo seguía con vida y regresaba a Dotokor sería portador de nuestro más grande enemigo; por eso dejaron mi equipo tal como lo encontraron. Saben que ellos tienen muy difícil desembarcar en Dotokor y pensaron que lo mejor era una de nuestras

propias naves... Ven a ver las crías.

Los Akor se apartaron, dejando visibles las cajas de cristal ante los pies de Akor y Ruth. Esta se inclinó. De momento, sólo vio una mancha blanca, que le pareció un montón de algodón. Pero aquel montón de algodón se movía, se agitaba, rebullía lenta, suave y constantemente, y pronto Ruth acertó a distinguir la gran cantidad de pequeños bultitos independientes apilados.

—¿Cuántas crías debe haber en cada caja? —preguntó.

—Un promedio de diez mil. Y hay aquí doce cajas... Doce. ¿Comprendes lo que eso significa?

—Claro. Que pretendían introducir ciento veinte mil crías en tu planeta si tú volvías.

—Eso, por una marte —asintió Akor—. Pero por otra parte, significa que en la Tierra hay ahora más de una nave, pues de otro modo no habría aquí más de cien mil crías. Y significa también que si han arriesgado doce nidos es porque disponen de muchos más. Ruth: ya están aquí.

—¿Qué quieres decir? —palideció Ruth.

—Esas naves que se están aproximando son una expedición.

—O sea, que el grax que vimos no llegó solo, sino con varias naves más... ¡Dios mío!

—Así es. Y como yo no podía hacer nada, llamó más naves. Ruth, entiéndelo: los grax ya nos están invadiendo. En estos momentos debe haber por ahí abajo, en varios puntos alrededor del lago, quizá cien nidos como éstos. Un millón de grax, que en pocas semanas pueden ser diez millones, y pocas semanas después cien millones...

—¿Podrías tú encontrar esas cajas?

—No. Y si no son halladas reventarán cuando las crías crezcan y ya no quepan dentro. Entonces, simplemente, se extenderán por todas partes. Como vuestras ratas..., sólo que estas ratas tienen una inteligencia equiparable a la vuestra, y han venido con unos propósitos determinados: instalarse aquí para procrear continuamente. De modo que, salvo que encontremos una solución, y pese a mis esfuerzos en esta parte del universo, ya habrán conseguido instalar aquí la primera colonia.

—¡Tiene que haber algún medio de encontrar esos nidos!

—Ninguno infalible. Es como si tú escondieras cualquier objeto en el bosque. No podré detectarlos hasta que salgan de sus nidos. Y entonces...

—¡Entonces podríamos matarlas con raticida, si no son más que... que ratas!

—¿Qué es eso de raticida?

—Un producto que utilizamos aquí cuando queremos limpiar de ratas un lugar.

Ruth explicó más a fondo lo que era el raticida, escuchada con suma atención por Akor. Pero cuando terminó, esperanzada, él movió la cabeza.

—Estás olvidando que los grax no son ratas como las vuestras, que tienen inteligencia. Posiblemente no caerían en esa trampa tan burda para ellos. De modo que sólo podemos hacer una cosa: buscar esos nidos por todas partes. Y las naves que los han traído. Pero antes tenemos que acudir al encuentro de las otras naves, para interceptarlas. Si permitimos que vayan llegando más todo será mucho más difícil.

—¡Pero, mientras tanto, esos nidos que hay ahora en la Tierra pueden...!

—No —Akor señaló los nidos de cristal—. Todas las crías deben ser como éstas, es decir, que les faltan no menos de diez días para reventar los nidos.

—Creo… creo que deberíamos avisar a la Tierra, de todos modos, para que mientras tanto vayan buscando esos nidos.

—Avisaremos a nuestro regreso. Ahora no tenemos tiempo y, además, cundiría el pánico, lo sabes muy bien. Espero encontrar pronto las naves de Grax. Estoy en su nave, en contacto radial, y eso las hará acudir a su encuentro aunque no reciban respuesta a sus requerimientos.

—¿Quieres decir que estamos viajando cerca de la nave de ellos?

—Así es. Si las localizamos las desintegraré... ¡Pero no va a ser fácil!

—¿Es decir, que pueden vencerte?

—Son diez naves —susurró Akor.

—¿Entonces estamos perdidos…?

—Tenemos un factor muy importante de nuestro lado: ellos nunca esperarán que una nave propia les ataque. Y yo les atacaré desde su nave capturada. Entre eso, y la mayor potencia ofensiva y maniobrabilidad de mi nave, la cuestión queda bastante equilibrada…, espero.

—En fin, que todo lo que podemos hacer por ahora es acudir al encuentro de esas diez naves.

—Es lo más sensato.

—¿Dónde estamos ahora?

—A unas veinte mil millas de la Tierra. Será mejor que descanses. Yo voy a ver si consigo matar al grax de la otra nave. Te acompañaré a una cámara de descanso.

—¿No puedes quedarte conmigo?

—Claro que sí —rio*Multiman*—. ¡Pero también puedo hacer otras cosas al mismo tiempo!

* * *

En la nave grax capturada por *Multiman* había nomenos de una docena de Akor, atendiendo todos los servicios. Uno de ellos se colocó ante la semiesfera de cristal dentro de la cual, el grax, puesto de pie, le contemplaba con sus ojos rojos emitiendo pavorosos destellos de odio.

—Me parece que sabes lo que estoy tramando, grax —dijo Akor—, y eso no te gusta nada, ¿verdad? Como tampoco debe gustarte que esté pensando no sólo en el modo de matarte, sino de conseguir lo que tanto tiempo llevamos intentando los de Dotokor: hacer entrar la muerte en vuestros nidos de protección de crías y de adultos…, como éste en el que te consideras a salvo de mí… por ahora.

Akor se apartó de la semiesfera, se acercó a los paneles de mando junto a los otros Akor, y pulsó el mando que descorría la cubierta metálica que protegía el visor transparente de la nave. La cubierta metálica se desplazó en silencio, dejando visible la oscuridad del espacio.

De pronto, hizo un gesto de alarma y corrió hacia la pantalla detectora, que acaba de emitir una señal. Ante la pantalla, el Akor que la manejaba permanecía inmutable observando nueve puntos de luz

roja que se iban agrandando...

* * *

—Nos están persiguiendo —dijo Akor.

Tendida en el lecho junto a él, satisfecha tras el amor, y ya adormilándose, Ruth reaccionó rápidamente, abriendo mucho los ojos.

—¿Qué? —exclamó.

—Ya lo esperaba, pero no quise asustarte. Llevamos detrás nueve naves grax. Me han detectado en cuanto he despegado de la Tierra, y han salido en mi persecución. Nos están alcanzando.

—¿Son las naves de la primera expedición que ya ha descargado sus nidos?

—Exactamente. Es decir, que llegaron diez casi al mismo tiempo. Primero, la de exploración, la que tengo ahora en mi poder. Casi en seguida, las otras nueve. En total, diez en una primera fase. ¿Sabes lo que eso significa?

—No. ¿Qué significa?

—Significa que llegaron a la Tierra cien nidos con grax crías, y diez nidos con grax gestantes. Estos nidos son bastante más grandes, y serán más fáciles de encontrar cuando regresemos. Pero mientras tanto, están en la Tierra, esperando que la caja se abra, como las de las crías ya nacidas y anidadas aparte.

—Entonces... si en esta nave colocaron doce nidos significa que en la Tierra hay ahora noventa y ocho; diez con gestantes y ochenta y ocho con crías, ¿no?

—Sí, exactamente. Y ahora, las naves que los depositaron no sólo escapan, de momento, sino que pretenden alcanzarme para derribarme antes de que yo haga contacto con sus otras diez naves de la segunda expedición.

—Pero no podrán alcanzarnos porque tu nave es mucho más veloz, ¿no es cierto?

—Mi nave es mejor que las de ellos en todo, en efecto. Pero les estoy permitiendo que nos den alcance. Tengo que enfrentarlos ahora, o de otro modo los encontraríamos a nuestro regreso hacia la Tierra..., o me pillarían entre dos fuegos. Duerme: yo me ocupo de todo.

—¿Qué va a pasar? —se inquietó Ruth.

—Si no tienes demasiado sueño y deseas verlo...

—Sí... ¡Sí, prefiero estar despierta, por si son ellos los que nos vencen! ¡No quisiera morir estando dormida!

—Pues es el mejor modo de morir. Así morimos en Dotokor. Cuando nuestro ciclo de vida se ha cumplido, nos sometemos al sueño final, sin pena, sin dolor, sin temor alguno. Algo que existía deja de existir, como ocurre u ocurrirá con todo tarde o temprano. No hay absolutamente nada que sea eterno, Ruth.

»Salvo circunstancias imprevistas, casi siempre enfermedades que contraemos en otros planetas, alcanzamos la edadde unos ciento cincuenta años vuestros. Dentro de quince minutos nos vamos a dejar alcanzar. ¿Quieres verlo o no?

—¡Claro que sí!

Salieron los dos del lecho, se vistieron rápidamente y bajaron al nivel inferior de la nave, donde varios Akor estaban ya preparando los rayos electrónicos. En una gran pantalla aparecían nueve círculos blancos en perfecta formación, que Akor señaló.

—Ahí las tienes. Primero atacarán mi nave, y sólo si me vencen atacarán la suya. Saben que estoy en ella, pero si derriban ésta esperan poder controlarla empujándome hacia Grax, donde me harían prisionero. De modo que vamos a empezar a desengañarlos. ¿Te gustaría ver la batalla desde la cúpula?

—No sé si me gustará, pero deseo verla.

—De acuerdo.

En una cabina ascensor subieron al nivel de la sala de controles en un instante. Aquí arriba, los Akor manipulaban en diversos aparatos. Otra pantalla, más grande que la de abajo, mostraba también la formación de las nueve grax perseguidoras, cada vez más cercanas.

Akor accionó uno de los mandos, y en todo el círculo de la sala se abrió un ventanal de casi dos metros de altura. Akor señaló en determinada dirección, y Ruth pudo ver entonces, lejos, nueve puntos luminosos que iban adquiriendo más intensidad a cada instante. Mucho más cerca, a su izquierda, divisó el resplandor de la nave grax, que viajaba paralelamente a ellos, no supo a qué distancia, le era imposible determinarlo ni siquiera por aproximación. Ruth señaló esa

nave.

—¿A qué distancia está de ésta?

—Medio vok..., quiero decir unas tres millas y media. Desde allí no puedo disparar todavía, pues la distancia es excesiva, pero voy a disparar ya desde aquí. Observa.

Como si brotase de sus pies, Ruth vio aparecer un delgado haz de luz verde, de trazo rectísimo y resplandeciente, que cortó la oscuridad velocísimamente en dirección a losnueve puntos luminosos que les seguían. El haz de verde luz llegó a la formación, y pasó por entre dos naves, disolviéndose en seguida en la oscuridad. Inmediatamente, apareció otro rayo verde, mientras Akor decía:

—Ya he tomado la distancia exacta de disparo y lo he corregido.

Aún no había terminado de decir esto cuando el haz de luz llegó a una de las naves grax, alcanzándola en el centro. La nave se convirtió en una bola de luz blanca, que desapareció en menos de un segundo. Fue como encender y apagar inmediatamente una bombilla.

Ruth miró hacia la pantalla, donde sólo se veían ahora ocho círculos blancos. De éstos partieron de pronto haces de luz roja, y Ruth volvió vivamente la cabeza para mirar en directo las naves grax. De todas ellas estaban brotando los disparos, pero algunos pasaron desviados, y otros parecieron rebotar en la nave de Altor, mientras Ruth lanzaba un grito de espanto.

—No temas, no es fácil que nos derriben —dijo Akor—. El material de mi nave resiste sus impactos a menos que incidan exactamente perpendiculares. Ellos lo saben, así que tendrán que iniciar inmediatamente su habitual maniobra desesperada.

Como si los grax hubieran estado esperando esto, las ocho naves comenzaron a separarse, unas por debajo de la nave de Akor, otras por encima, y todo ello sin dejar de disparar. Ruth gritó cuando la nave vibró fuertemente, y miró aterrada a Akor, que no parecía afectado en lo más mínimo.

—Parece que esta vez llevan personal interesante —dijo—: nos han tocado casi en perpendicular.

—¿Cómo es posible que estés tan tranquilo? ¡Pueden acertarnos bien en cualquier momento!

—No es tan fácil. Además, voy a darles el disgusto de enfrentarlos también con su propia nave. ¡Por suerte para ti, no puedes ver al grax

que tengo prisionero!

* * *

En la nave grax prisionera de Akor, éste había vuelto a colocarse ante la semiesfera, colocándose de modo que desde el interior el grax podía observar en la pantalla el desarrollo de la batalla que los Akor estaban librando desde dos naves contra los grax.

El odio que relucía en los rojos ojos del grax pareció convertirle en locura cuando vio que desde su propia nave disparaban contra las de los grax. En un instante, desaparecieron dos círculos, y apenas un segundo después, otro. En la pantalla quedaban solamente cinco círculos indicadores de las naves grax que proseguían el combate.

—Me parece, grax —dijo Akor—, que van a disparar también contra tu nave, pues representa peligro para ellos, como si no tuvieran bastante con la mía. Es decir, que tú y yo vamos a morir…, sin que yo haya conseguido conocer el modo de exterminaros dentro de vuestras esferas y vuestros nidos…

Dentro de la nave comenzaron a oírse de pronto excitadísimos chillidos…, en el momento en que otras dos naves grax se convertían en blancas bolas de fuego que se extinguieron rápidamente.

—Sólo os quedan tres —dijo Akor—. Y no van a durar mucho. De modo que si han decidido destruir esta nave no comprendo qué están esperando…

La furia del grax era ya puro enloquecimiento. Sus ojos parecían talmente fuego, y sus gestos eran horriblemente agresivos.

Sin dejar de mirarlo, Akor escuchaba los chillidos que sonaban por la radio, es decir, el mensaje que estaban enviando los grax de las tres naves que quedaban, todas ellas disparando contra la nave de Dotokor, sin conseguir el impacto deseado, pues los Akor, ante los mandos de su nave, eran habilísimos, y no ofrecían en ningún momento la posibilidad de recibir un disparo perpendicular al plano de cualquier parte de la nave.

Otra nave grax desapareció tras mostrar su deslumbranteluz de desintegración. Dentro de su semiesfera, el grax sencillamente estaba ya loco de odio y furia.

—Malas noticias para ti y buenas noticias para la Tierra, grax —dijo Akor—: tus compañeros van a destruir esta nave y abandonan la batalla, para acudir al encuentro de las diez naves de la segunda fase y

decirles que no sigan aproximándose al planeta Tierra, que busquen otros sitios, otras posibles colonias. Pero allá donde vayáis os encontraréis con cualquier *Multiman* de Dotokor. De modo que ya lo sabes: mientras tú mueres, yo regreso a la Tierra para terminar allí mi labor contra los grax, buscando vuestros nidos para destruirlos. ..

De pronto, para no poca sorpresa de Akor, la semiesfera se alzó rápidamente por un lado y el enloquecido grax, como una rata rabiosa, saltó al cuello de Akor, donde clavó sus agudos dientes de destellante blancura... que en seguida se tiñó de verde.

Akor cayó hacia atrás, muerto en el acto, pero todavía llevando al grax aferrado a sus hombros y mordiendo con rabia espantosa su garganta, haciendo brotar surtidores de verde sangre. Ante los mandos, dos Akor se pusieron en pie, se duplicaron, y corrieron hacia el grax, duplicándose de nuevo, y haciéndolo otra vez. La mitad de ellos se abalanzó hacia la semiesfera, comenzando a examinarla rápidamente por dentro, ávidos de encontrar el mecanismo, y dispuestos a arrancar la semiesfera.

Mientras tanto, los demás intentaban sujetar al grax, que se movía con increíble agilidad entre ellos, lanzando mordiscos a todas partes y saltando hacia la garganta de otro Akor, que arrancó de una ferocísima dentellada, mientras sus chillidos se confundían con los que brotaban de la radio, con el mensaje de sus compañeros. Varias manos se tendieron hacia el grax, lo asieron por el pelaje, y lo arrancaron del cuello del Akor, que cayó muerto.

Suspendido en el aire por las fuertes manos de los Akor, el grax chillaba en un paroxismo alucinante, llenas de sangreverde sus fauces, y lanzando sin parar sus terribles dentelladas, que cortaban las manos de los Akor con toda facilidad, hasta el punto de que el grax cayó al suelo rodeado de manos seccionadas totalmente o de trozos de manos. Todavía se encaramó por el cuerpo de otro Akor y llegó hasta su garganta, donde clavó sus dientes con velocidad imposible de esquivar...

Justo en ese instante la nave grax llena de Akor se convirtió en una blanca bola efímera, destruida por las dos naves de grax que quedaban, y que inmediatamente emprendieron la fuga... Sólo una de ellas lo consiguió, mientras la otra se desintegraba en la oscuridad del espacio.

* * *

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Ruth—. ¡Acaban de matarte, Akor!

—Así es —asintió Akor, con la mirada fija en el punto donde un instante antes había estado la nave que había conseguido de los grax —. Y precisamente en el momento en que estaba a punto de arrancar la semiesfera para examinarla, analizarla.

—Analizarla, ¿cómo? ¿A simple vista?

—No. La habría echado fuera de la nave, y la habría recogido con la mía. En fin, mala suerte. Pero algún día lo conseguiré.

—¿Qué estaba pasando en la nave grax?

—Es mejor que no te lo explique. Te lo resumiré diciendo que el grax enloqueció de odio, salió de la semiesfera y me atacó. Me ha matado varias veces... Pero eso ya no importa. Tengo una buena noticia para ti, Ruth: los grax, los de la segunda fase, los que venían hacia aquí, han desistido. Se alejarán de aquí, espero que para siempre. De modo que puedes estar tranquila: no más visitas de naves grax al planetaTierra, pues parece que lo consideran demasiado... peligroso para ellos.

—¿Los has oído por la radio en la otra nave?

—Sí. Se alejarán con esa nave que he dejado escapar. Ya no debes temer nada.

—Pero... ¿y los nidos grax que han quedado en la Tierra?

—Esa es otra cuestión —murmuró Akor—. Porque si no los encontramos a tiempo y se multiplican, de nada habrá servido que hayamos conseguido ahuyentar esas naves.

CAPÍTULO VIII

Lloyd Butchers no había dormido aquella noche, pues la pequeña localidad de Bigfork se había convertido en el centro de comunicaciones de Estados Unidos tras recuperar el servicio de las líneas telefónicas. Ni siquiera el Ejército, que envió más efectivos a la zona, pudo conseguir que acudiera gente de todas partes, y, por supuesto, era el centro periodístico de todo el mundo.

Todos querían saber, desde el más simple ciudadano a los más importantes jefes militares y de organismos policiales y de seguridad que se habían concentrado en Bigfork y en la orilla del lago donde expertos científicos buscaban indicios reveladores de la nave que tantas personas habían visto. Todos querían saber. Y, sin embargo, fue Lloyd Butchers el elegido.

Poco después de las diez de la mañana, Butchers recibió una llamada en la radio de su oficina, conectada básicamente a los vehículos del servicio policial del condado. Con lógica, pues, debía tratarse de la llamada de uno de estos vehículos, así que Butchers atendió la llamada con gesto fatigado y resignado.

—Soy Butchers —dijo—. ¿Qué ocurre?

—Señor Butchers —sonó la voz femenina—, es usted el alguacil de Bigfork que me tuvo detenida en su celda, ¿verdad?

Butchers quedó un instante como si acabase de recibir un martillazo en plena cabeza.

—Sí, soy yo —dijo por fin—. ¡Usted es la señorita Andrews!

—Claro. Supongo que esta conversación deben estar escuchándola otras personas.

—Sólo unas pocas: las que trabajan en el condado.

—Bueno, escuche esto: nosotros queremos…

—Espere un momento… ¿quiénes son nosotros?

—Akor *Multiman* y yo. Le estoy llamando utilizando la radio de la nave de Akor. Nosotros queremos entrar en contacto con ustedes, pero de un modo razonable y tranquilo.

—Señorita Andrews, sabemos ya quién es usted, nos hemos

enterado durante esta noche. Es una novelista que...

—Señor Butchers, eso no tiene la menor importancia. Y ahora escuche bien: si nos garantizan que el contacto sea razonable y tranquilo, estamos dispuestos a realizarlo. Tenemos algo muy importante que comunicar, pero queremos hacerlo de modo que sólo se enteren personas adecuadas. Entonces, escuche esto: si están dispuestos a ese contacto, dígamelo dentro de una hora, cuando vuelva a llamarle, y entonces nos encontraremos en el centro del lago, que deberá estar despejado de cualquier embarcación que no sea la de ustedes. No más de seis personas, por favor.

—¿Entiendo que vendrá ese *Multiman*?

—Naturalmente. Le llamaré dentro de una hora a ver qué han decidido. Y le advierto que si no nos gusta el modo de enfocar la cita por parte de ustedes, simplemente, nos volveremos a marchar el espacio.

—¿Dónde están ustedes ahora?

—¿Qué más da? Le llamaré dentro de una hora.

* * *

En la lancha había exactamente ocho personas, entre jefes militares, policiales y civiles, contando a Butchers y al hombre que la pilotaba. Se hallaban en el centro del lago, escrutando el cielo, en silencio. Había un leve oleaje que mecía la pequeña embarcación y todos sentían el molesto frío húmedo.

—Espero que no sea una broma de algún gracioso —dijo el general McComb.

Butchers se limitó a mirarlo de reojo, en silencio. Había dicho ya demasiadas veces que para él no era una broma, sino que había sido la propia señorita Andrews quien había hablado con él las dos veces, la segunda de ellas confirmando la cita.

De pronto, el agente de la C.I.A. seleccionado como representante de este organismo señaló hacia el cielo, con un gesto vivo, súbito. Todas las miradas se alzaron y quedaron fijas en el pequeño y reluciente disco que caía desde el cielo. Su tamaño aumentó rápidamente y, en cuestión de segundos, adquirió ante los ojos de los petrificados personajes su verdadero tamaño.

Sin ruido, sin provocar siquiera oleaje, sin molestia alguna para

los que esperaban, la nave circular de Akor *Multiman* se posó en las aguas a unos cien metros de la lancha. Con seguridad, había sido vista con prismáticos por los miles de personas que rodeaban el lago, pero nadie podría acercarse, pues el Ejército lo impedirla.

—Verlo para creerlo —dijo Butchers—. ¡Ya no puedo decir que soy el único que no ha visto el platillo volante!

—Esperemos que no sea una trampa —dijo el del F.B.I.

—¿Qué clase de trampa? —lo miró socarronamente Butchers—. Ese *Multiman* de Dotokor no necesita hacer tonterías para dominarnos. Bueno, él y sus amigos, claro.

—Debe tratarse de alguna clase de sugestión... ¡Nadie puede multiplicarse, demonios! Nos hipnotizó a todos, simplemente.

Butchers encogió los hombros. Todos estaban mirando la nave que, de pronto, mostró su abertura, dejando salir la rizada rampa, que quedó flotando sobre el agua. A los pocos segundos, en el hueco aparecieron Ruth Andrews y *Multiman*, la primera haciéndoles gestos para que se aproximasen.

—Bien, vamos allá —murmuró McComb.

El motor de la lancha fue puesto en marcha. En pocos segundos llegaron allá, y la lancha quedó junto a la rampa. Ruth Andrews les hizo otra seña.

—Suban todos.

—Usted quédese en la lancha —ordenó McComb al piloto.

Los demás pasaron a la rampa y caminaron por ella hacia la entrada. La belleza de Ruth Andrews, que parecía aumentar por segundos, no les atrajo en absoluto: toda la atención de los visitantes estaba concentrada en Akor *Multiman*, que señaló hacia el interior de la nave.

—Vengan, por favor.

La compuerta fue cerrada. Dentro de la nave quedó una luz como rosada, muy sedante, cuya procedencia era imposible de determinar. Akor y Ruth condujeron a los visitantes al nivel inferior, donde estaban los controles electrónicos... y media docena de Akor, que provocaron un colectivo gesto de inquietud.

—No deben preocuparse —dijo amablemente Ruth—. Akor es

incapaz de lastimar a nadie..., salvo a los grax.

—¿Los qué? —exclamó el de la C.I.A.

—Los grax. Seres del planeta Grax. Los van a ver inmediatamente.

Los seis Akor empujaron la docena de nidos hacia los visitantes, que se quedaron mirando sin comprender aquella cosa blanca, como de algodón, que había dentro de cada uno.

—¿Qué es esto? —preguntó Butchers.

—Un nido colonizador de grax —explicó Multiman—. Ahí dentro hay diez mil crías de seres del planeta grax. Diez mil en cada nido, se entiende. O sea, ciento veinte mil grax esperando el momento de nacer y aposentarse en la Tierra para multiplicarse rápidamente...

Para espanto y estupefacción de todos, Akor explicó cuál era la situación. Cuando terminó, todos estaban simplemente aterrados, pero Akor los tranquilizó en parte:

—Respecto a futuros desembarcos, no creo que se produzcan, no insistirán en ello. Sus naves se han marchado, resignándose a perder todos los nidos que han dejado en la Tierra. Ya no volverán, al menos en mucho tiempo... y salvo que esos nidos fructifiquen y sus ocupantes se reproduzcan en cantidad suficiente para facilitar la invasión. Y eso es lo que tenemos que evitar, para bien de la Tierra inicialmente, y de Dotokor y de otros sistemas planetarios en el futuro.

—Si lo he entendido bien —dijo Salters, el representante del gobierno— hay en estos momentos ochenta y ocho nidos como éstos por ahí afuera, y otros diez, más grandes, conteniendo grax gestantes.

—Sí. Y estos últimos son los que tenemos que encontrar cuanto antes porque, si bien los grax anidados todavía tardarán nueve o diez días en nacer, es decir, que tenemos mucho tiempo para encontrarlos, desconozco lo avanzado de la gestación de las madres... Si están muy avanzadas y paren pronto, o sea, antes de que las encontremos en sus nidos de gestación, la cosa se va a complicar muchísimo.

—Bien —murmuró McComb—. ¿Qué podemos hacer?

—Por eso he requerido contacto con ustedes. En realidad, y salvo que la búsqueda sea demasiado larga, lo que me fatigaría muchísimo y hasta quizá anularía mis energías, yo solo podría dedicarme a ello..., pero no en las actuales circunstancias, con gente por aquí que obstaculizaría mi labor. Mi proposición, pues, es la siguiente: todo el personal civil será alejado de esta zona no menos de veinte kilómetros

alrededor del lago, y en cambio, traerán aquí soldados que se dedicarán a la búsqueda de los nidos exclusivamente, de modo metódico y ordenado. Y todos deberán tener en cuenta dos consignas incuestionables. Una, todos los nidos que sean hallados deberán ser concentrados en determinado lugar sin manipular en ellos de ninguna manera. Dos, nadie deberá molestamos a Ruth y a mí, tanto si me ven a mí de forma unitaria como múltiple. O eso, o ya que están ustedes informados de la situación les dejo en su planeta que se las arreglen sin mí.

—Bueno, creo que todos nos estamos preguntando qué puede hacer usted que no hagamos nosotros —dijo Salters.

—Respecto a la destrucción de los nidos, nada, porque en Dotokor todavía no hemos encontrado el modo de penetrar esa cubierta transparente. Siempre estamos estudiando el modo de conseguirlo, y si lo consiguen, me avisarán, como a todos los *Multiman* que están efectuando vuelos de vigilancia antigrax en el universo. Pero puedo ofrecerles una solución definitiva si no encontramos otra.

—¿Qué solución?

—Si encontramos todos los nidos grax pero no encontramos el modo de destruirlos, recurriré a nuestro procedimiento habitual para estos casos: todos los nidos serán colocados en mi nave, yo me marcharé con ella a cualquier rincón del universo y allá la desintegraré, con todos los nidos dentro. Hasta el momento, no disponemos de otro recurso.

—¿Quiere decir que usted moriría? —saltó Butchers.

—Moriría uno de mis cuerpos, simplemente.

—Escuche, una cosa es que nos hipnotice a nosotros, y otra cosa es que su nave viaje sola, así que...

Butchers no dijo nada más, porque de nuevo, y ahora lentamente, *Multiman* se desdobló ante los ojos de todos, mientras los otros seis Akor hacían lo mismo. El desdoblamiento se produjo de nuevo, ante los paralizados visitantes.

—Pueden ustedes recurrir a cualquier procedimiento para convencerse de que no están hipnotizados —dijo *Multiman*—. Y cuando se hayan convencido, si les parece, dejaremos de perder el tiempo.

—De acuerdo —suspiró McComb —. Lo haremos todo como usted

ha sugerido. Sólo falta un punto por aclarar: ¿dónde deberán ser depositados todos los nidos que encontremos?

—¿Se le ocurre alguno mejor que mi nave, con estos otros nidos?

—No.

—Entonces, parece que todo está decidido.

* * *

Cuatro días más tarde, y efectivamente en la zona delimitada por Akor *Multiman*, los miles de soldados que la registraban palmo a palmo habían encontrado ochenta y seis nidos de crías en los lugares más recónditos e insospechados. Para entonces, las crías tenían ya el doble de tamaño, y prácticamente llenaban el nido, lo que significaba que en pocos días más nacerían, reventando la cubierta transparente, a una vida total en el planeta Tierra.

A medida que iban siendo hallados, los nidos eran transportados a la nave de Akor, que permanecía ahora fuertemente custodiada en la orilla del lago. Varios de los nidos fueron sometidos a agresiones de toda clase intentando perforar la cubierta transparente, sin resultado alguno, lo que finalmente llevó al general McComb a un definitivo convencimiento:

—Para romper esto haría falta una agresión atómica.

—Precisamente —admitió *Multiman*—. Y eso es lo que les sucederá cuando los lleve en mi nave al espacio exterior. No hay otro modo.

—Parece imposible —masculló Butchers—. ¡Una cosa que parece tan frágil, de simple cristal!

—Yo creo —insistió una vez más Ruth— que conseguiremos exterminarlos si lográsemos meter raticidas en los nidos.

—Ojalá fuese así —la miró amablemente *Multiman*— porque eso sería una solución a nivel universal, Ruth. Nosotros no conocemos el raticida en Dotokor, ni en otros mundos. Si estuviéramos seguros de que acaba con la vida grax, sólo tendríamos que fabricarlo y arrojar una pequeña cantidad sobre el planeta Grax como advertencia.

—¿Cómo advertencia? —alzó las cejas Salters—. ¿Qué quiere decir, *Multiman*?

—Simplemente les haríamos comprender que si insistían en

seguir enviando sus naves por el universo para buscar colonias, nosotros eliminaríamos toda vida grax en su planeta. Y eso no les gustaría en absoluto, de modo que, definitivamente, se quedarían en su planeta… para siempre.

—¿Y no sería mejor eliminarlos totalmente a todos?

—Los puntos de vista de ustedes difieren de los nuestros, general —dijo suavemente *Multiman*—. Ustedes no vacilarían en eliminarlos a todos, lo sé. Pero nosotros pensamos que los grax también tienen derecho a la vida…, siempre y cuando no sea a costa de otras vidas y de otros mundos. De modo que, si se quedan en su planeta, el asunto quedaría zanjado para nosotros. No tenemos inconveniente en que la vida grax exista en el universo…, pero en Grax nada más. Tienen derecho a la vida, ¿comprende?

—Ya veo que, en efecto, nuestros puntos de vista difieren bastante —masculló McComb—. Pero en fin, eso no es asunto nuestro. Si ustedes se conformaban con eso, de acuerdo. Ahora, todo lo que tenemos que conseguir es poder sacar esos bichos de sus nidos para ver qué efecto les haría el raticida. Pero según parece, nos vamos a quedar con las ganas…

El general McComb se equivocó. Estaban todos en la oficina de Butchers, tomando café, fumando y señalando las zonas ya batidas, cuando se produjo la llamada de radio. Podía haber sido una más de las miles que se habían producido en aquellos días, pero no fue así.

—¿General McComb? —sonó la voz del comunicante.

Este se apresuró a acercarse a la radio.

—McComb al habla —dijo.

—Señor, soy el comandante Allison, al frente del grupo de Búsqueda 23. Estamos matando ratas blancas como podemos, salen de todas partes…

—¡Cómo que salen! —saltó *Multiman*—. ¿Qué quiere decir que salen?

—¿Señor? —inquirió Allison—. ¿General McComb?

—Conteste, comandante —dijo McComb—: está usted hablando con *Multiman*.

—Ah. Bien… Bueno, sí, esos bichos están saliendo de todas partes, a cientos…

—¿Qué tamaño tienen?

—Más o menos como una pelota de pingpong, señor.

Multiman miró a Ruth, que mostró con los dedos índice y pulgar el tamaño aproximado de una pelota de las mencionadas.

—Eso son crías nacidas directamente, no de incubadora, de nido —dijo *Multiman*—. Lo que significa, comandante, que han encontrado ustedes varios nidos de gestantes grax… que ya han nacido. ¿No han visto ustedes ninguna… rata del tamaño de un gato aproximadamente?

—No… No, señor.

—¡Pues tienen que estar por ahí cerca! Comandante, tengan mucho cuidado con ellas; son peligrosísimas, y más aún en estas circunstancias. Saben, naturalmente, que están ustedes matando sus crías… ¡Tengan mucho cuidado, o van a tener gran cantidad de bajas!

—Ya hemos tenido cinco bajas, señor, pero… Bueno…

—Maldita sea, comandante —intervino McComb—, ¡dígalo!

—Bueno, mi general, yo diría que esos cinco soldados no han sido atacados por ratas, precisamente. Los hemos encontrado… partidos por la mitad.

—¿Partidos por…?

—¡Los robots! —exclamó *Multiman*—. ¡Claro! ¡Dejaron una buena cantidad de robots para vigilar los nidos de las gestantes! Escuche, comandante: ¿han visto por ahí personas que no debían estar en la zona?

—Sí, señor, encontramos algunos paisanos, pero les ordenamos que despejaran la zona, simplemente, como es lógico.

—¿Eran unos hombres muy altos, hermosos, imperturbables?

—Sí… Sí, señor, en efecto.

—Son robots grax, programados para proteger a las gestantes y a los recién nacidos. Llevan unas armas especiales que, en efecto, pueden partirlos por la mitad si los aciertan de lleno. Algo así como sus rayos láser. De modo que escuche bien esto: si vuelven a ver hombres como esos cerca de ustedes apresúrense a ponerse fuera de tiro, y disparen ustedes contra ellos. Pero no contra la cabeza o cualquier otro punto que consideren vital, pues tardarían mucho en



estropear sus mecanismos. Deberán dispararles a las orejas, o, si pueden acercarse a ellos, arrancárselas. ¿Lo ha entendido?

—Por supuesto, señor.

—Comandante Allison —intervino de nuevo McComb—, voy a dar la orden a todos los Grupos de Búsqueda. Acto seguido me reuniré con usted en su zona... ¡no dejen escapar ni una sola de esas crías!

—Haremos lo posible, señor, pero se esconden de un modo...

—El raticida —dijo de pronto Ruth—. ¡Ha llegado el momento de utilizar el raticida! Podemos utilizar algunas avionetas fumigadoras para que lo extiendan por toda la zona... ¡He estado esperando este momento, lo tengo todo preparado!

—De acuerdo —asintió McComb—, haremos la prueba. Mientras usted se encarga de eso, nosotros nos vamos a la zona del comandante Allison con dos helicópteros. ¿Viene usted, *Multiman*, o prefiere acompañar a Ruth?

—Creo que seré más útil ayudando a poner fuera de programa a los robots —*Multiman* abrazó a Ruth, y la besó en la boca—. ¡Ojalá aciertes con lo del raticida!

—Os avisaré por radio cuando esté preparada para desratizar la zona —sonrió Ruth.

Los dos helicópteros despegaban apenas un minuto más tarde, y emprendieron la ruta, por encima del lago, hacia la zona del G.B. 23, situada al otro lado, en el *Flathead National Forest.* Utilizando la radio en todo momento, alcanzaron en cuestión de minutos el punto exacto donde el G.B. 23 seguía matando diminutos grax y buscando en todos los sitios imaginables. Desde arriba, al suelo se veía como salpicado de pequeñas manchitas blancas, como formando un decorado desigual. Tomaron tierra en un claro que les fue indicado, y el comandante Allison acudió a recibirlos, excitadísimo.

—¡Señor! —se cuadró ante McComb apenas éste hubo saltado del aparato—. ¡Hemos abatido a tres de esos robots, y hemos despanzurrado a balazos a varias ratas grandes como gatos! ¡Pero todo está lleno de ratas y de robots!

McComb, lívido, miró a *Multiman*, que hizo un gesto de impotencia.

—Es evidente —murmuró— que dejaron más crías y gestantes de los que yo calculé. De los robots voy a encargarme personalmente, no

es necesario que sus soldados se arriesguen más. Pero respecto a las crías y a las gestantes... Bien, parece que están todas por aquí, pero si el raticida no da resultado el problema es enorme.

—Me he permitido pedir caretas antigás, señor —dijo Allison—, para protegernos de esa... fumigación con raticida. Llegarán de un momento a otro.

—Bien hecho, comandante. Ordene a sus hombres que se replieguen, que dejen de buscar, por el momento, mientras *Multiman* se encarga de esos robots.

—Sí, señor. Utilizaré la radio de campaña de nuestro Grupo...

El comandante Allison quedó con la boca abierta, fija su desorbitada mirada en el fenómeno *Multiman*, del que, por supuesto, había oído hablar, pero que no había presenciado todavía. *Multiman* se convirtió en dos, en cuatro, en ocho, en dieciséis... Algunos soldados que había cerca de allí quedaron paralizados por el asombro, por la incredulidad.

En menos de un minuto, dos mil Akor estaban en marcha hacia lo más profundo del bosque, batiendo la zona milímetro a milímetro..., mientras *Multiman* permanecía tranquilamente junto a McComb y Allison que no sabía qué hacer ni adónde mirar.

—Pronto los encontraré —dijo *Multiman*.

—¡Dios bendito! —tartamudeó Allison.

En el interior del bosque, cuatro mil Akor proseguían su marcha que nada podría ya contener. Segundos más tarde, ocho mil Akor comenzaban a pisotear crías de grax y a luchar de modo espantoso con las ya desocupadas gestantes,que aparecían locas de furia abalanzándose contra los Akor, encaramándose por sus cuerpos y matándolos a dentelladas en la garganta.

En el bosque todo era una locura de chillidos, salpicaduras de sangre verde y roja, afilados dientes blanquísimos, manos y pedazos de cuerpo de los Akor que eran arrancados a dentelladas..., mientras los robots, en número no inferior a cincuenta, acudían también, aparecían de sus escondrijos acompañando a las enloquecidas hembras grax que veían cómo sus crías todavía torpes y casi ciegas eran aplastadas por los grandes pies de los Akor.

Era una lucha de delirio total, los Akor se multiplicaban una y otra vez para suplir los huecos que iban dejando las grax y los robots

con sus disparos, que reventaban cabeza, partían Akor por la mitad, o de arriba abajo…

Era una lucha espantosa, sin tregua, de la cual llegaba el rumor al pequeño claro donde *Multiman* esperaba con McComb, Allison y algunos soldados. De cuando en cuando acertaban a ver por entre los abetos destellos de los silenciosos disparos…, mientras, en todo momento, llegaba el chillido de las grax como el rumor de un oleaje que jamás fuese a terminar.

Hasta que llegó el aviso radiado de Ruth, diciendo que llegaba a la zona a bordo de una avioneta, con cinco más, todas ellas preparadas para lanzar el raticida. *Multiman* se enteró, pero todavía esperó a terminar con el último robot antes de regresar del bosque, unificándose junto a Allison y a McComb, que ya estaban colocándose las caretas antigás que habían llegado pocos minutos antes en otro helicóptero. *Multiman* se colocó también una careta, y Ruth fue avisada de que podían comenzar a dispersar el raticida cuando quisiera.

Chorros de bello color amarillo claro comenzaron a aparecer detrás de las avionetas, formando nubes estiradas que se iban juntando a medida que descendían ocupando una amplísima zona. Casi en seguida, dentro del bosque el chillidocolectivo aumentó de tono, pero a los pocos segundos éste decreció. Segundos antes se había oído por encima del rugir de las avionetas. Luego, apenas se oyó. Finalmente, del interior del bosque donde quedaban sin orejas más de cincuenta robots, comenzaron a llegar las grax gestantes, lentamente, y como borrachas, con sus manitas de diez dedos como salchichas clavadas en sus gargantas, y los rojos ojos rezumando odio y agonía, en una mezcla estremecedora. Algunas todavía tenían fuerzas, que emplearon en atacar directamente y en exclusiva a *Multiman*, el cual se multiplicó de nuevo en escasa cantidad, y las fue alejando a puntapiés, cada vez más débiles…

Hasta que, finalmente, no quedó el menor latido de vida grax en aquel bosque junto a un lago diminuto de los Estados Unidos de América, en el planeta llamado Tierra.

* * *

Los dos últimos nidos con crías ya tan grandes que parecían a punto de reventarlos con su tamaño fueron encontrados dos días más tarde, pero ya no fueron llevados a la nave de *Multiman*, sino al gran depósito de acero que había sido instalado cerca de Flathead Lake y donde esperaban los otros nidos el momento de su eclosión.

Así pues, y además de haber sido batida toda la zona alrededor del lago con cantidades bien controladas de raticida, los terrestres disponían de todos los nidos que habían constituido la más grande amenaza contra la supervivencia de todos los seres del planeta Tierra.

En el depósito de acero provisto de una amplia mirilla junto al tubo de insuflación de raticida, los nidos se abrieron por fin y más de un millón de grax rodaron fuera como bolitas de algodón, formando una masa, un montón de blancura deslumbrante.

Ante el mirador, Akor *Multiman* contemplaba en silencio el nacimiento exterior, definitivo, de los seres que podían amenazar no sólo el planeta Tierra y el de Dotokor, sino todo el Universo. Si el raticida actuaba sobre ellos como todos esperaban, todo se habría salvado y él podría regresar a Dotokor con el arma definitiva para convencer a los grax de que jamás debían intentar una nueva expansión. Pero si fracasaba, todo tendría que volver a empezar…

Notó en su mano la presión de la de Ruth, y la miró.

—Me siento como una asesina —murmuró la escritora.

—No debes considerarlo así, sino todo lo contrario. Queda mucha vida en Grax, y deberán aceptar su sitio en el universo, eso es todo, en lugar de querer aniquilar el resto de la vida y quedárselo para ellos solos. En realidad, a ti deberán vivir en paz en su planeta para siempre…, aunque sea a la fuerza.

—¿Cuándo te irás?

—Inmediatamente que esto termine. Ya tengo en mi nave una carga de raticida y la fórmula para su fabricación… Mi cometido en el espacio, y el de otros muchos *Multiman*, habrá terminado si esto termina como todos esperamos. Así que volveré a mi mundo…, y tú te quedarás en el tuyo, terminando la novela que yo interrumpí.

—Si me amases de verdad todo cuanto he estado creyendo estos días, te quedarías.

—Simplemente tengo que volver. Necesitan vuestro raticida. Y tengo mi propia vida en Dotokor, Ruth.

—Vamos a insuflar —dijo una voz.

Hasta entonces se habían oído comentarios, murmullos, se habían tomado fotografías… El silencio fue súbito y total. Todas las miradas quedaron fijas en la amplia ventanilla que permitía ver el interior del depósito de acero.

Comenzó a aparecer la nube amarillo oro.

Tan sólo un minuto después, *Multiman* apartaba la mirada del montón de más de un millón de diminutos cadáveres, se enfrentaba a Ruth Andrews y murmuraba:

—Adiós, Ruth… Y gracias por todo.

ÉSTE ES EL FINAL

Tres días más tarde, Ruth Andrews regresó a la cabaña, dispuesta a dejar pendiente la novela que tenía empezada y a escribir la que narraría los hechos que durante los últimos días habían tenido en vilo al mundo entero. De entre todas las ofertas editoriales, había aceptado la de Samuel Billings, un editor de Nueva York que le había ofrecido una cantidad absolutamente desorbitada por su manuscrito, que debería estar listo para entrar en máquinas en el plazo máximo de dos meses.

Era imposible, pero, simplemente, lo intentaría.

Cuando detuvo el coche ante la cabaña y apagó el motor, percibió el denso y sedante silencio. Con seguridad tendría que buscar otro lugar para escribir el libro, pues allí no la dejarían en paz. Había dejado de ser un refugio secreto…

La puerta de la cabaña se abrió y apareció *Multiman*. Ruth se quedó mirándolo aturdida. Debía estar viendo visiones… Tres días antes había visto a *Multiman*, completamente unificado, entrar en su nave, y partir en menos de un minuto, perdiéndose en el cielo. ¿Cómo era posible que estuviese allí…?

Él llegó junto al coche y abrió la portezuela, tomó de una mano a Ruth y tiró de ella. La abrazó por la cintura, la besó en la boca y luego dijo:

—Te ayudaré a escribir tu libro. ¿De acuerdo?

—Dios mío —suspiró Ruth—. ¡Estás aquí!

—Está claro que te amo, entonces, ¿no es así? Y tambiénestá claro que la inteligencia y la memoria son dos cosas diferentes, ya que tú olvidaste que tenías a *Multiman* herido en la cabaña. Bueno, pues estoy recuperado.

—¡Oh, cielos…! ¡Es verdad, había olvidado…! Entonces ¡nunca tuviste intención de alejarte de mí, Akor!

—Nunca. *Multiman* está regresando a Dotokor, pero *Multiman* está también aquí, contigo, dispuesto a amarte mientras dure su ciclo de vida.

—Pe-pero… ¿cuántos… cuántos sois?

—Los que tú quieras —rio Akor *Multiman*—, depende de cuantos hombres quieras tener.

—Uno... ¡Uno solo! —exclamó Ruth; y de pronto se echó a reír—. ¡Bueno, eso también dependerá de mis deseos de caricias, y de mis apetitos sexuales, porque pudiendo disponer de tantos hombres mi vida amorosa sería... inagotable!

—¿De verdad quieres eso?

—No —susurró Ruth—. Te quiero a ti, uno solo e irrepetible. Al menos, en nuestra vida de amor. En lo demás, tú verás lo que haces en este planeta que no es el tuyo, mi amor.

—Eso ya se decidió prácticamente en cuanto nos conocimos: amarte... para siempre.

* * *

Casi nueve meses más tarde, la mundialmente famosa novelista Ruth Andrews, que había batido todos los récords de venta con un solo libro titulado «Multiman», dio a luz un precioso niño, cuya fotografía apareció en todos los periódicos y revistas. Un niño rubio, grande, de inteligentes ojos claros, de complexión sumamente fuerte, atlética. Un bebé excepcional.

Un bebé sano, normal, hermoso..., que sólo tenía un pequeño defecto, que fue descubierto una noche por sus padres: era glotón y goloso. Le gustaba de modo increíble la leche de su madre.

Le gustaba tanto que, cuando no había presentes más que su padre y su madre, hacía aquel truco de goloso que tanto les hacía reír a los dos, a Ruth y a *Multiman*: se desdoblaba, y así cada cuerpo quedaba ante un pecho de Ruth y cada boquita mamaba golosamente de una de aquellas fuentes de vida que tanto le gustaban.

Esta fue la primera hazaña del pequeño *Multiman*.

F I N